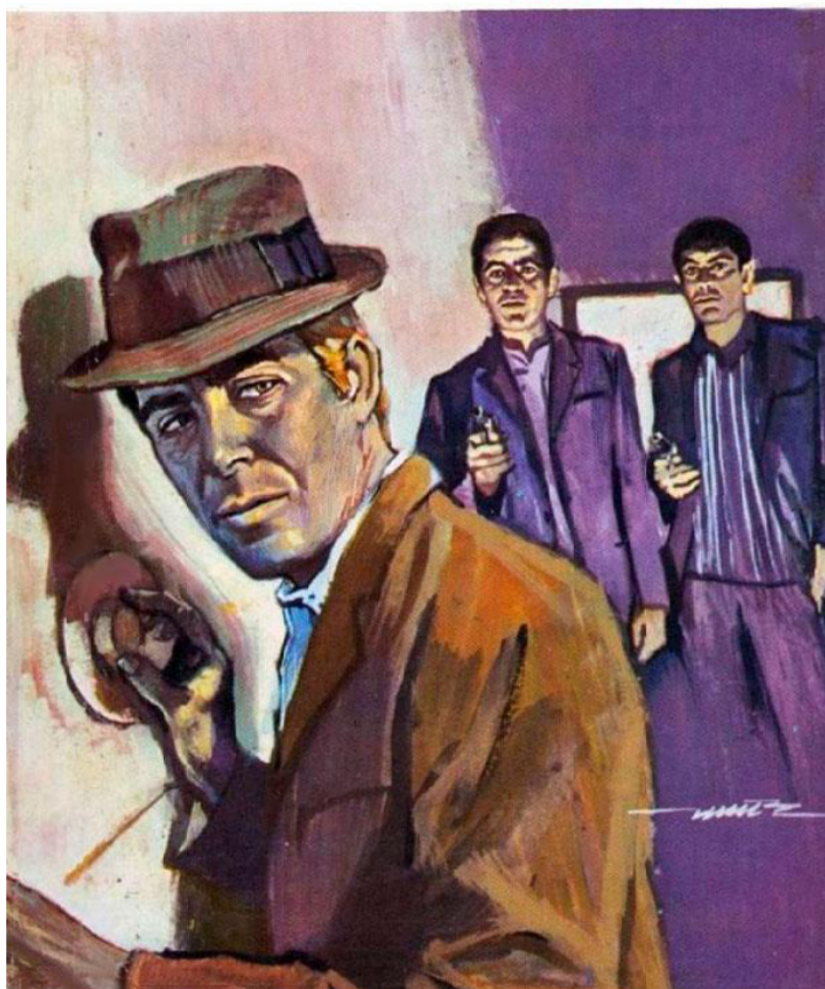


BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERIE
**PUNTO
ROJO**

Daliah, del C.I.A.

joe mogar



COLECCION

PUNTO ROJO



JOE MOGAR

DALIAH DEL C.I.A.

Colección **PUNTO ROJO** n.º 453

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES
CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO**

Dépósito legal: B 39.422 - 1970

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: diciembre, 1970

© JOE MOGAR, 1970
sobre la parte literaria

© JORGE NUÑEZ - 1970
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

1.013. — Llamada a un pistolero.

En Colección BUFALO:

395. — Alias, Pistol Kendal.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.059. — ¿Por qué matar a Paula?

En Colección CALIFORNIA:

710. — Con tus propias manos.

En Colección SALVAJE TEXAS:

761. — ¿Afán de desquite?

En Colección COLORADO:

638. — Juramento mortal.

En Colección KANSAS:

631. — La pelirroja del Mund Lake.

En Colección BRAVO OESTE:

499. — Jinetes en las estrellas.

En Colección PUNTO ROJO:

446. — Muerte de un escritor.

En Colección ASES DEL OESTE:

555. — Un disparo en la bruma.

CAPÍTULO PRIMERO

El American Bar.

Un nombre alusivo, a pesar de encontrarse en un país extranjero.

En pleno *boulevard* Maillot, muy cerca de la plaza de Verdun.

Entró, mirando alrededor.

Dos rubias en la barra, francesas desde luego, alguna que otra muchacha en las mesas, con minifalda o pantalones acampanados, según los casos, solas o acompañadas, y un par de tipos en la barra, bebiendo.

Eso era todo, por el momento, y cualquiera de ellos, tanto hombre como mujer, establecería contacto con él, precisamente en aquel bar.

Después, ni el mismo diablo lo sabía.

Lentamente, sorteando las mesas, empezó a acercarse al largo y pulido mostrador, tomó uno de los taburetes, se encaramó sobre el mismo, para encontrarse frente a sus ojos con la sonrisa mecánica de la muchacha que había detrás de la barra.

—¿Qué le sirvo, *monsieur*?

Hablaba francés con toda corrección, por lo que respondió:

—*Whisky*, soda y unos cubitos de hielo.

La rubia se alejó un poco, para regresar a su lado al cabo de un par de minutos, con lo pedido.

Richard Genter tomó el vaso, lo elevó hasta sus labios y bebió lentamente hasta mediarlo. Hecho esto, como obedeciendo a un plan cuidadosamente estudiado de antemano, extrajo el paquete de «Kamel», encendió uno, le dio un par de chupadas, se lo quitó de los labios, lo miró con gesto de desagrado y, completamente encendido, lo lanzó al suelo.

Miró el vaso, pero no lo tomó.

Esperaba.

Fue muy poco.

Repentinamente, al otro lado de la barra, oyó sonar el timbre del teléfono y escuchó.

Una de las rubias se acercó al mismo, tomó el auricular y formuló la pregunta de rigor.

Center vio cómo fruncía el ceño, sonreía, soltaba el auricular y miraba la barra.

Unos segundos más tarde, la tenía frente a él.

—Si es usted americano —dijo—, le llaman al teléfono.

Genter hizo una mueca.

—Americanos hay muchos en París, *mademoiselle* —contestó.

—Sí, claro, pero me dieron un nombre. Richard Genter... Dijo también que se encontraba en la barra con un vaso de *whisky*.

Genter dio las gracias, abonó lo consumido, terminó con el resto del licor de un solo trago y se acercó al lugar donde se encontraba el teléfono, cuyo auricular, por encima del mostrador, le estaba dando la rubia en aquel momento.

—¿Dígame...?

—Genter, ¿verdad?

—Sí, así es. ¿Y usted, quién es...?

—Eso importa poco —hubo una pausa que duró unos segundos, y de nuevo oyó aquella voz—. Abandone el bar por la puerta de atrás, ¿comprende? Camine unos cuantos pasos por la acera y espere.

Cortaron la comunicación mucho antes de que pudiera contestar con alguna cosa más, por lo que hizo un gesto a la rubia, que se acercó, le devolvió el auricular, se despidió, salió fuera por la parte de atrás.

Un callejón, oscuro, lúgubre, apenas iluminado por la lejana luz de un farol.

Nada, silencio, ni el más leve sonido.

A menos de cinco yardas, la esquina.

Continuó avanzando hacia allí, pero antes de llegar se detuvo, extrajo el paquete de cigarrillos, se puso uno entre los labios y lo encendió.

Aspiró el humo con verdadero deleite y continuó andando, pero ahora sólo pudo dar un par de pasos, ya que entonces vio la sombra.

Un hombre.

Un sobretodo, un sombrero. Se acercaba a él con pasos pausados y medidos. Por fin se detuvo, enfrentándole, y Genter vio que su labio superior estaba sombreado por un estrecho bigotito.

—¿Me da fuego? —preguntó.

Genter introdujo la mano en el bolsillo, sacó el encendedor, y el otro prendió fuego al cigarrillo.

—Gracias.

Le dio la espalda y se alejó por donde había venido; Genter le vio desaparecer por la esquina inmediata.

No se movió.

Se limitó a aspirar y expeler el humo del suyo, hasta que, de un modo repentino, casi a su espalda, entrando a moderada velocidad por el callejón, oyó el zumbido del motor de un automóvil.

Se volvió lentamente.

Los faros...

Por unos segundos, su luz brillante y cegadora le envolvió, pero sólo fue eso, cuestión de segundos, y a continuación todo volvió a la normalidad cuando el coche, un sedán pintado en negro, pasó runroneando por su lado.

Pero no, no era aquello, se estaba deteniendo, se detenía del todo.

Genter continuó sobre la acera, tan inmóvil como un poste.

La portezuela se abrió.

Silencio.

Nadie entraba en el coche, nadie salía.

Empezó a andar en aquella dirección.

Un sombrero y un hombre, pero no era el que le pidió fuego para su cigarrillo.

—Vamos, suba.

Lo hizo, y el sedán se puso en marcha.

No preguntó, no dijo nada, hasta que el otro rompió el silencio.

—Si desea fumar, Genter, dentro de la guantera encontrará un paquete de cigarrillos.

—Gracias.

Sacó el paquete, le dio uno, luego se lo encendió, e hizo lo propio con el otro.

Silencio, y el coche deslizándose rápidamente hacia la plaza de Verdun, que atravesó como un meteoro para a continuación entrar

en el *boulevard* Gouvion St. Cyr.

Fue Genter el que rompió el silencio que ya se estaba haciendo pesado entre los dos:

—¿Dónde me lleva?

—¿Conoce París?

Genter se permitió una sonrisa.

—Un poco —contestó.

Siguieron unos segundos de silencio hasta que su acompañante contestó:

—Entraremos en la avenida des Termes hasta la plaza del mismo nombre, y allí le dejaré a usted. Verá una cabina telefónica, Genter, y tan pronto como me haya alejado, encienda un cigarrillo, deje transcurrir tres minutos y entre. Justo cuando lo haga empezará a sonar el teléfono, tome el auricular... y suerte.

Genter no respondió.

En aquel momento, el coche estaba entrando en la avenida des Termes.

La plaza.

El coche dio un par de vueltas alrededor de la misma y luego se detuvo muy cerca de una cabina telefónica, exactamente como le había dicho su acompañante, por lo que Genterladeó el rostro para mirarle.

—¿Y ahora...?

El otro estaba sonriendo.

—Una vez más, suerte, ya que lo demás... escapa a mi control. Y tenga cuidado, el asunto internacional no está para bromas, ni mucho menos.

Genter abrió la portezuela, después de estrecharle la mano, y saltó al suelo.

Casi al instante el automóvil arrancó y, por espacio de varios segundos, estuvo contemplando sus luces piloto que cada vez se alejaban más y más de donde se encontraba.

Encendió el cigarrillo, miró a su alrededor y consultó el reloj.

Tres minutos, ni uno más, y, tras lanzar una nueva mirada a los alrededores, silenciosos y en calma, abrió la puerta y entró.

La cerraba a su espalda cuando el timbre del teléfono empezó a sonar.

Lo tomó, pegándolo a su oído y preguntó:

—¿Sí...?

—¿Center...?

—Sí.

Un pequeño silencio y la metálica voz del hombre que se encontraba al otro lado del hilo volvió a dejarse oír:

—Tan pronto como corte la comunicación, salga a la plaza y busque el tercer banco, empezando a contar desde la misma cabina, siéntese y espere.

—¿Qué clase de contacto?

—Una mujer. Lo mismo de siempre, Genter, le pedirá fuego. Lleva boina blanca y un bolso de rafia roja. Es rubia, de ojos azules. Enciéndale el cigarrillo, y póngase a hablar, del tiempo. Eso es todo. Suerte, muchacho.

Cortó mucho antes de que pudiera pronunciar una sola palabra más.

Genter lanzó el cigarrillo al suelo en el interior de la cabina, lo aplastó con el tacón del zapato y, después de cerrar la puerta a su espalda, caminó lentamente hacia el banco.

Se sentó.

Frente a él quedaba la ancha y bien pavimentada avenida de Wagram, con sus luces a ambos lados y que se perdían en la distancia hacia la plaza de Etoile, y se preguntó si la mujer que iba a establecer contacto con él le llevaría allí, y creía saber el porqué de aquel inmenso rodeo en aquel sector de París.

Temían que le siguieran, que ellos supieran que ya había llegado, y temían... sí, quizá temían por su vida.

Se miró las manos.

Fuertes, duras como el acero, y se dijo que eso iba a ser bastante difícil, por lo menos a una mediana distancia.

Sonrió, pero más que una sonrisa, lo que se marcó en sus delgados y crueles labios fue una mueca.

Pasos a su espalda.

No se movió, pero sus músculos, también duros como el acero, se pusieron tensos bajo el traje gris que llevaba.

Pasos de mujer...

Tampoco se movió, por lo menos para volver la cabeza y mirar. Genter se limitó a tomar de su bolsillo el paquete de cigarrillos, se puso uno en los labios y lo encendió.

Al terminar de hacerlo, ella estaba a su lado, en pie, mirándole.

Zapatos de medio tacón, negros y acampanados pantalones que cubrían unas esbeltas y largas piernas, estrecha cintura, senos redondos y audaces, que parecían querer escapar por la abertura del escote de la blusa, cuello de cisne, redondo y voluntarioso mentón, boca de labios rojos y sensuales, nariz fina, ojos grandes y azules, frente despejada y cabello rubio.

Y sobre la altiva cabeza, una boina blanca.

Muy joven, casi una chiquilla.

—¿Tiene un fósforo?

Bolso de rafia roja y un cigarrillo que ahora se llevaba a los labios.

Genter introdujo la mano en el bolsillo y extrajo el encendedor.

Le dio fuego.

—Gracias.

—Da gusto pasear con este tiempo tan espléndido, ¿verdad?

La rubia le dedicó una sonrisa.

—En París —dijo— cualquier tiempo es bueno para pasear.

Genter se puso en pie.

—¿Tiene inconveniente en que lo hagamos los dos juntos?

La sonrisa de ella se amplió:

—No, claro que no —dijo.

Genter se acercó más y la prendió de un brazo.

—¿Dónde vamos, querida?

—Me llamo Moira, Richard.

—¿Nada más?

—Nada más.

Y empezó a andar, bajo los árboles, lentamente, fumando en silencio, en tanto que Genter admiraba su perfil.

—¿Dónde va a llevarme, Moira? —preguntó.

—A la etapa final de su viaje por esta noche, Richard.

—¿Vamos juntos?

La rubia le sonrió, denegó con la cabeza y contestó:

—Nada de eso, y lo lamento. Me hubiera gustado intimar un poco más con usted, pero la pequeña Moira tiene otras cosas que atender. Vamos, venga conmigo. Se nos está haciendo tarde.

Un coche.

Un «Citroën», cuya portezuela abrió.

—Suba, ¿quiere?

Genter lo hizo, Moira se puso al volante y arrancó.

—Un nuevo cigarrillo, tan pronto como le deje a usted, Richard —sonriéndole a través del espejo retrovisor—. Pero ahora lo hará en un bar.

—¿Sí...? ¿Y para qué?

—La muchacha es morena, ¿entiende? Estará en la barra, con un vaso de coca-cola helada.

Siéntese a su lado y encienda el cigarrillo. Láncelo al suelo apenas, encendido, y espere.

—¿Algún licor en particular?

—Puede pedir el que desee.

—¿Y luego...?

—Eso es cosa de ella y de usted.

Callaron.

Silencio roto por el runruneante motor del «Citroën» y, al frente, muy cerca ya, las luces de la plaza de Etoile.

Su punto final y donde, por contraste, iba a empezar el verdadero sentido de todo aquello.

Un cuarto de hora más tarde, Moira detuvo el coche.

Le Petit Parisiën, *snack-bar*.

Genter sonrió, al leerlo.

Pensaba que en todos los países de la vieja Europa se notaba la influencia del idioma inglés, y como tantas veces, incluso se le antojó ridículo, pero no lo comenté con ella.

Abrió la portezuela y preguntó:

—¿Nos volveremos a ver, Moira?

Ella le dedicó una sonrisa.

—Le gustaría, ¿verdad?

—Sí, claro.

—A mí también, pero no creo que sea posible.

Le tendió la mano, que Genter estrechó en forma cordial y descendió del coche, que se alejó rápidamente ganando velocidad por momentos y sin darle tiempo a que pudiera pronunciar ni una sola palabra más.

El bar, frente a él, con una acristalada y opaca puerta.

Genter palpó la americana, justo en el lugar en que llevaba la automática y se acercó, trató de mirar al interior, pero no consiguió ver nada, por lo que, empujándola, entró.

Era morena.

Sentada en uno de los taburetes, y bebiendo coca-cola helada.

Una pierna sobre la otra, mostrando la minifalda, y Genter se acercó sin dejar de mirarla.

Merecía la pena hacerlo.

Desde la morena y altiva cabeza, cuyo negro pelo lanzaba destellos azules, haciendo juego con sus grandes y rasgados ojos sombreados de largas pestañas.

Un bolso a su lado, también negro, un paquete de cigarrillos y el encendedor.

La blusa...

Sí, muy hermosa.

Genter se acercó, tomó uno de los taburetes y se encaramó sobre él.

—*Whisky* —pidió al barman que se acercó al verle—, si tiene.

La muchacha morena tenía ahora sus ojos fijos a él.

No obstante, hizo como si no se diera cuenta, y esperó hasta tener el alto vaso a su lado.

Sólo entonces tomó su paquete de cigarrillos y encendió uno, fumó por espacio de varios segundos y repitió por segunda vez en pocas horas lo que ya hiciera en el American Bar; lo lanzó al suelo.

La muchacha morena tomó el vaso de coca-cola,

se lo llevó a los labios, bebió un poco sin dejar de mirarle por encima del borde del cristal y, al terminar, le sonrió.

—Me llamo Daliah —dijo sencillamente—. ¿Y usted?

—Richard.

Y devolvió la sonrisa.

—Creo, Richard, que sería mucho mejor que nos fuéramos ya —volvió a sonreír y añadió—: Me alegro de que sea un americano el que me acompañe esta noche.

—¿Toda la noche?

Daliah tomó el vaso, lo levantó, y sin dejar de observarle, bebió

hasta terminar con la coca-cola.

—Eso es ir demasiado... demasiado...

Calló, y Genter tampoco añadió nada más a lo dicho, terminó con el *whisky* de un solo trago, pagó lo consumido por los dos y saltó del taburete al suelo, cuando ella ya lo estaba haciendo, entre nubes de puntillas de negro encaje.

Salió por delante de él, y Genter precedió sin pronunciar palabra hasta el coche estacionado unas yardas más allá.

Subieron.

—Sabe dónde vamos, ¿verdad?

—Sé que debo entrevistarme con una persona y que ésta debe entregarme algo. Ahora bien, dónde, no lo sé, Daliah.

Ella le sonrió.

—Mi misión es llevarle allí, Richard —dijo.

—Sí, es lo que creí. ¿Algo más?

—Muy poco... —volvió a sonreír y añadió—: Cuando lo tengas —le tuteó—, te llevaré a Orly y de allí...

Bueno, nos daremos un beso como despedida y hasta otra, si volvemos a vernos, cosa que dudo.

—Lo que es una lástima, ¿verdad?

—Sí, creo que sí. Por lo menos, eso es lo que pienso.

Ahora guardaron silencio durante unos minutos hasta que Genter lo rompió con una pregunta:

—¿Alguna cosa para Estados Unidos, Daliah?

—No tengo a nadie, Richard, pero gracias, de todos modos.

Volvieron a callar hasta que Genter, una vez más, rompió el silencio:

—¿Adónde es eso?

—Ten paciencia que tardaremos un poco en llegar.

—¿Sí...?

—Claro —hizo una pausa y continuó—: Es en la calle de Murrillo, frente al parque de Monceau.

¿Lo conoces?

—¿El parque?

—Sí, claro.

—No. Desde luego, no.

—No está mal del todo, pero París tiene jardines mucho mejores

que ése.

—Cualquier jardín es bueno para morir, Daliah.

—¡Richard! Pero ¿qué ideas son ésas?

Genter sonrió.

—Fue una frase hecha, muchacha.

—Seguro... Escucha, Richard, esto no lo sabemos nadie más que nosotros, ¿entiendes?

—¿Ni los del otro lado del muro?

—Por el momento, no... y para cuando se enteren, tú ya estarás lejos de París.

—¿Y tú, Daliah?

Ella se encogió levemente de hombros.

—Me quedo en París... en espera de que otro americano venga a pasar un rato conmigo.

—¿Así como éste?

—Por lo menos no nos aburrimos, ¿verdad?

—No, creo que no.

Daliah no contestó.

Pensaba, y lo estaba haciendo en el hombre que llevaba a su lado, uno de los mejores agentes del FBI, cuya misión, por aquella vez, era sencilla.

Demasiado, tal vez.

—Estamos llegando, Richard —dijo, interrumpiendo el hilo de sus propios pensamientos.

Gentes, sin contestar, se limitó a mirar por la ventanilla.

CAPÍTULO II

Una estrecha calle, sombría en contraste con las anchas y bien iluminadas avenidas parisinas, silenciosa y vacía.

Daliah apagó los faros y, desde el interior del coche, también en sombras, miró alrededor.

Nada, el silencio era absoluto.

Lo rompió Genter:

—¿Dónde es?

En la semioscuridad del coche, Daliah le dedicó una sonrisa.

—Un poco más abajo. En el número 49, piso cuarto, puerta segunda. No hay ascensor.

—Me estará esperando, ¿no?

—Sí, así es.

Hubo una nueva pausa y Genter formuló otra pregunta:

—Caso de que ocurriera algo imprevisto, ¿dónde nos veremos?

—No habrá imprevistos, Richard.

—¿Dónde? —insistió el federal.

Entonces ella le dio una señal, añadiendo:

—Vaya allí y espere instrucciones, lo que no hará falta, ya que mis órdenes son las de esperarle aquí, ¿comprende? Tengo que llevarle al aeropuerto. Es decir, si el imprevisto ése no me alcanza a mí también.

Sin responder, Genter abrió la puerta del coche y descendió, hizo un gesto de despedida y empezó a alejarse lentamente, pegado a la pared, con la mano derecha muy cerca de la culata del arma que llevaba bajo la axila izquierda.

Detrás suyo, Daliah extrajo un cigarrillo, se lo colocó en los labios, pero no lo encendió.

Esperaba.

Genter se detuvo frente al número 49, y miró el oscuro portal que tenía delante.

Luego entró.

Tanteando la pared, a pesar de la leve claridad que le venía de la espalda y procedente de la calle que acababa de abandonar, empezó a acercarse a la escalera.

Fuera, Daliah embrogó y empezó a retroceder lentamente.

A continuación dobló el volante a su derecha y rápidamente empezó a buscar una de las anchas avenidas; una cualquiera, para luego encaminarse directamente hacia la calle de La Baume.

En el interior de la casa, Genter empezó a subir, procurando no producir el menor ruido, con el oído atento a cualquier rumor que le llegara de dentro.

Un piso, dos, tres... Continuó subiendo.

El rellano.

Se detuvo para escuchar.

El silencio continuaba siendo el mismo, espeso; espantosamente espeso.

No sería él quien lo rompiera, por lo que extrajo la automática de la funda de la axila, y del bolsillo interior de la americana, un silenciador «Maxim», que adaptó al cañón.

Con el arma en la mano, Genter alcanzó el pasillo, completamente a oscuras.

Se acercó a la pared de la derecha, junto a una de las puertas y empezó a tantearla, buscando el interruptor de la luz.

Lo hizo girar.

Un pasillo largo, desprovisto de todo adorno, de paredes deslucidas y manchadas, con polvo y telarañas en las paredes, y continuó andando ahora con la automática dentro del bolsillo derecho de la americana.

Frente a la puerta se detuvo, y sólo entonces se volvió para mirar alrededor suyo, pero la calma y el silencio continuaban siendo los mismos que cuando entrara en el edificio.

Se acercó más y la tanteó con la yema de los dedos de la mano izquierda, en tanto que la derecha permanecía en las profundidades de su bolsillo.

Entornada.

Frunció el ceño y empezó a empujarla suavemente, sirviéndose del pie izquierdo.

Frente a sus ojos el pasillo, y al fondo una puerta que le cerraba

el paso, bajo cuya hoja se filtraba un rayo de luz.

Genter caminó hacia ella, pero cuando lo hizo, y por segunda vez en pocos minutos, llevaba la automática en la mano.

Empujó la puerta, casi con violencia, apartándose a un lado, pegando la espalda a la pared.

Nada.

Lo mismo que en todo momento, silencio; impenetrable, obtuso si se quiere, pero silenció al fin.

Silencio que sobrecogía, que le hablaba de algo imprevisto.

Miró a su alrededor y lo imprevisto estaba allí, frente a sus ojos, en el casi destrozado apartamento donde todo había sido revuelto, brutalmente registrado, ya que incluso habían sido arrancados los cuadros de las paredes y arrojados contra el suelo.

Empezó a cruzar al otro lado de la estancia, hacia las tres puertas que tenía frente a sí mismo.

Sin saber, escogió la del centro y apenas cruzar el umbral le vio.

Caído de bruces sobre la espesa alfombra, bañado en su propia sangre y con un cuchillo clavado en la espalda.

Genter se inmovilizó por espacio de unos cuantos segundos y luego se acercó.

Sabía quién era el hombre a pesar de que no le había visto en su vida.

Pensaba en aquello cuando se arrodilló a su lado y empezó a examinarle, pero sin tocarle, recordando las palabras que cruzara con Daliah.

Lo imprevisto había surgido.

Se irguió, y caminó hacia el interior de la habitación.

Miró.

Todo revuelto, lo mismo que el resto de la vivienda, y se dijo que no merecía la pena registrar, tratando de buscar lo que otros posiblemente ya se habrían llevado.

No obstante, y a pesar de sus pensamientos, se acercó al cadáver, y ahora sí lo registró concienzudamente hasta el extremo de quitarle los zapatos, que destrozó en pocos segundos.

Al terminar, se puso en pie, miró alrededor y emprendió el camino de la salida.

No llegó al pasillo porque antes les vio.

Dos, y con las armas en la mano.

No mediaron palabras.

Le estaban cerrando el paso y, al verles aparecer, Genter saltó de costado y apretó el gatillo una sola vez cuando ya el chorro de balas de las dos automáticas le buscaban en el interior de la habitación.

Uno de los tipos se enterró entre los restos de todas clases que abarrotaban el suelo, dio una bocanada, se estremeció un poco y terminó por quedarse quieto mientras él se aplastaba contra aquel mismo suelo, hurtando el cuerpo por puro milagro a los dos nuevos balazos que el otro disparaba contra él.

Genter lo hizo por segunda vez, el tipo cayó y se puso en pie sacudiéndose el polvo que le cubría de pies a cabeza.

Alcanzó el pasillo y se detuvo en el dintel de la puerta, escuchando.

Silencio.

Dejó la puerta entornada, alcanzó la escalera y empezó a descender hasta la planta baja.

La calle, tan sombría como antes, pero mucho más vacía.

Genter frunció el ceño al darse cuenta de que el coche de Daliah no se encontraba allí, ni ella tampoco.

Empezó a andar.

Dio unos cuantos pasos, pensando que tenía unas señas que podían o no ser falsas, pero que debía arriesgarse yendo, cuando procedente de su espalda, cuchillo en mano, una sombra saltó contra él cuando otra ya se le estaba acercando velozmente.

Se subió a uno de los taburetes y miró hacia una de las mesas.

Los oscuros ojos del hombre sentado la asietaron con complacencia por unos cuantos segundos, y ella apartó los suyos encarando al barman que, desde el otro lado de la barra, preguntaba:

—¿Qué le sirvo, *mademoiselle*?

—Un *bourbon*.

Esperó, muy poco, y la copa llegó conjuntamente con el hombre.

—Hola, Moira —saludó—. ¿Le viste?

Ella arqueó una de sus finas y rubias cejas.

—¿A quién, querido?

—Al americano del FBI. Apuesto a que vino, ¿verdad?

—Sí, así es. ¿Por qué?

Pool Foster le dedicó una sonrisa.

—Por nada, pero ya desesperaba de que lo hiciera. En este caso, los de Washington están obrando con mucha cautela y me pregunto por qué.

Por toda respuesta, Moira tomó el vaso y empezó a beber lentamente.

Al terminar, respondió:

—Eso no es cosa nuestra, y tú lo sabes, Pool.

—Sí, desde luego, pero no me gusta.

Una vez más Moira tomó la copa y la levantó para beber.

—¿Dónde lo dejaste?

—Por ahí, en buenas manos.

—¿Una mujer?

—Sí.

—¿Y no crees que hubiera estado mucho mejor en las tuyas?

—Posiblemente, sí, pero entonces tú te hubieras puesto inaguantable.

—¿Yo...? ¿Por qué?

Ella le dedicó una sonrisa.

—Pero, Pool, ¡que ya nos conocemos!

—Cierto que sí, querida, pero nadie tiene la culpa de que... tú no quieras nada conmigo.

—De ese modo, no, Paul.

—Ni de éste ni de otro. ¡Lástima que seas tan hermosa, Moira!

—¿Para quién? ¿Para ti?

El arqueó una ceja y le miró fijamente, quizá un poco burlón.

—¿Es que hay otro, querida?

—Nada de eso, amor. No obstante, si lo encuentro te avisaré.

Terminó con el *bourdon* y saltó del taburete al suelo.

Foster dudó unos segundos, sin moverse del taburete que ocupaba y preguntó:

—¿Ya te marchas?

—Esta noche, sí.

—¿Puedo acompañarte?

—Sí, si quieres. Pero no trates de tocarme y de darme un beso. No lo deseo.

El hizo un gesto de paz con la mano.

—Esperaré a que tú me lo pidas, querida.

—Siendo así, vámonos.

Abandonaron el bar, los dos muy juntos, sumidos en extraños y contradictorios pensamientos, y ambos, cada uno por una portezuela distinta, entraron en el coche, que arrancó inmediatamente después.

En silencio, que duró unos cuantos minutos y que rompió Foster con una pregunta:

—¿Piensas hacer un nuevo contacto?

—¿Con quién?

—Con ese

«G-Men».

—Se marcha esta noche de París, Pool. Y si no fuera así, no creo que eso llegue a importarte mucho, ¿verdad?

—Todo lo tuyo me interesa, Moira, y lo sabes.

—¿Incluso el que me guste ese federal?

—¡Ah!, pero ¿es así?

—Desde luego.

—Y serías capaz de llevarle a...

—¡Pool! Te estás comportando como un chiquillo, ¿comprendes?, y eso tampoco me gusta. Por otra parte, no eres quién para fiscalizar mis actos. Me gusta ese hombre, y la vida en nosotros es muy corta. Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí, creo que sí.

—En ese caso...

Foster no respondió. Continuó conduciendo en silencio y del mismo modo atravesó la plaza de Verdun y tomó la avenida Foch.

Treinta minutos más tarde alcanzaba el cruce con la de Malakoff, y desde allí hasta la calle de Pergolése, frente a cuyo número 235 se detuvo.

—Hemos llegado, *ma petite* —dijo, sonriéndole.

Moira le devolvió la sonrisa un tanto mecánicamente, abriendo la portezuela.

Sabía cuál iba a ser la petición de él cuando saltó fuera del coche, y no se equivocó.

—¿Por qué no eres una buena muchacha, y me invitas a una copa?

—¿En mi apartamento? —respondió, volviéndose para mirarle.

—¿Por qué no?

Moira hizo una mueca.

—De acuerdo, querido —dijo—, si después no vas a ponerte pesado.

—Pero ¿es que no te fías de mí?

—No, seguro que no, Pool.

Él ya se encontraba a su lado, prendiéndola del brazo, cuando dijo:

—De acuerdo, vamos.

—Sí, siempre y cuando me quites las zarpas de encima.

—Pero, Moira —respondió, burlón, y soltándola—, ¿qué palabras son esas?

—Ninguna fuera de lugar ya que en vez de manos tienes zarpas, querido.

Entró delante de él.

Ya en el interior del apartamento, Moira le llevó al *living*.

—¿Te sientas? —preguntó.

—Sí, si es eso lo que deseas.

Moira le mostró sus dientes, pequeños e iguales en una sonrisa.

—Siéntate —fue lo que dijo. Esperó a que lo hubiera hecho y preguntó—: ¿Un *whisky*?

Foster se encogió de hombros, y Moira, sin esperar a más, dio media vuelta y se encaminó al pequeño, pero bien surtido bar que había instalado en uno de los rincones.

Preparó dos, regresó a su lado, le dio uno de los vasos y con el otro en la mano fue a sentarse frente a él, cabalgando una pierna sobre la otra.

—Cuéntame algo más sobre el proyecto, Moira —pidió, llevándose el vaso a los labios para beber.

—Nada más de lo que ya sabemos. Genter tomará eso y se lo llevará a Estados Unidos.

—Con lo que la CIA le habrá sacado las castañas del fuego a Hoover, ¿no, querida?

—No seas imbécil, Pool. En esto, como en otras cosas vamos juntos. Otras veces fueron los federales los que...

—¡Lo sé pero no me gusta! —cortó Foster.

Moira se limitó a beber y a mirarle por encima del borde del cristal.

Al terminar, se puso en pie sin dejar de observarle.

—Se está haciendo tarde. Pool —dijo sencillamente.

Era una despedida, y él lo sabía, por lo que la imitó, y ambos quedaron muy cerca el uno del otro, casi rozándose.

—¿Sabes una cosa, Moira?

—No, si tú no me lo dices... aunque, pensándolo bien, es mucho mejor que no lo hagas, querido.

Como si no la hubiera oído, Foster especificó:

—Me gustaría pasar la noche aquí. Este apartamento es acogedor.

—¿Conmigo?

—¿Y por qué no?

Moira se acercó más, elevó los brazos hasta su cuello, notando en el acto cómo las manos de Foster iban a su cintura.

—Si algún día me decido, te lo diré, Pool —respondió—. Ahora voy a darte un beso y a acompañarte a la puerta.

No esperó respuesta, y unió sus labios a los de él.

—Vete ahora. Pool.

Y Foster pudo notar que su voz era ligeramente ronca.

No insistió, a pesar del hecho, sabiendo que era inútil, que ella tenía una voluntad tanto o más férrea que la suya propia, por lo que dio media vuelta y, llevándola a su espalda se acercó a la puerta de salida.

La abrió, se volvió a mirarla y la vio sonreír.

—Buenas noches, Pool —hizo una ligera pausa y preguntó—: Si ocurre algo fuera de lo normal, ¿dónde puedo encontrarte?

—En mi casa, muchacha —vaciló por espacio de unos segundos y añadió—: ¿Qué ideas llevas en la cabeza, Moira?

La sonrisa de ella se amplió.

—¿Te refieres a...?

—Concretamente a ese

«G-Men».

¿Crees que haya algún fallo en todo lo proyectado?

—Eso nunca se sabe, Pool.

—Si es así, ¿por qué no dejas que me quede contigo?

Moira se echó a reír y, lentamente, cerró la puerta del apartamento.

Luego, se apoyó contra aquélla y respiró fuerte.

Algún día ocurriría entre Pool y ella algo inevitable de todo

punto. Estaba completamente segura, ya que notaba en su interior que todas sus convicciones vacilaban a pesar de las palabras que le dijera.

Aseguró que Genter le gustaba como hombre, y no había mentido en aquello, pero la insistencia y la perseverancia del agente de la CIA la asombraban.

Pronto se apartó de allí, cruzó el *living*, y fue al cuarto de baño, donde se desvistió y se dio una ducha.

Al terminar, oyó un leve rumor en el *living* y se envaró.

Escuchó, pero el rumor no se repitió.

Esperó como cosa de un minuto y, tomando el albornoz con una mano, arrastrándolo por el suelo, caminó hacia su dormitorio.

Y fue justo al cruzar el umbral de la puerta cuando le vio.

Moirá lanzó un leve grito de sorpresa y con un rápido ademán, se envolvió en el albornoz.

—¿Usted...?

Hubo una pausa muy leve y le llegó la respuesta:

—Vístase, que nos vamos, querida.

Moirá arqueó una de sus rubias cejas.

—¿Adónde? —preguntó—. Y sobre todo, ¿cómo diablos ha entrado aquí?

—Soy experto en cerraduras, *mademoiselle*. ¿Se viste para venir conmigo, o me la llevo así?

La ceja de Moirá se levantó aún más.

—Vuélvase de espaldas, ¿quiere?

—Tengo órdenes de no perderla de vista.

Ella dudó un poco y preguntó:

—¿Qué ocurrirá si me niego a acompañarle?

—Se lo he dicho antes, iremos de todos modos.

La sonrisa de Moirá era vacua cuando se le acercó.

—No vamos a ir a ninguna parte —dijo un segundo antes de elevarse unas pulgadas sobre sus pies descalzos, y prenderle el cuello con los brazos—. A ningún sitio, ¿comprendes?

Y le besó.

Víctor Ayala consumió lentamente su cigarrillo, lanzó la punta al suelo, la aplastó con el zapato y empezó a andar.

Por la acera, mirando los coches que iban de un lado para otro

de la avenida Du Roule.

Esperando, mientras andaba.

Un banco.

Ayala, natural de La Habana, se acercó y con gesto cansado se dejó caer sobre la dura madera; extrajo el paquete y encendió el segundo cigarrillo en menos de cinco minutos.

Aspiró y expelió el humo durante otros tantos.

Coches yendo de un lado para otro, ruido de cubiertas sobre el asfalto, anuncios luminosos haciendo brillar el cielo de París, hombres y mujeres que pasaban por su lado sin concederle la menor importancia, y, a pesar de la hora piernas fascinantes, perfumes saturando el ambiente y... el coche.

Ayala le vio detenerse casi frente al banco, apagar los faros de ciudad, y quedar con el motor funcionando al ralenti.

Perezosamente empezó a acercarse.

Una mujer.

A través de la ventanilla vio el nacimiento de sus redondos y firmes senos, los largos muslos carentes de medias, los zapatos de alto tacón y el perfil de una mujer rubia.

Unos ojos azules, grandes y rasgados, que se fijaron en él con algo de insolencia.

—¿Sí...? —preguntó, desde dentro.

Una bonita voz, dulce, acariciante, y recordó a su tierra, a la que jamás volvería.

—¿Puede indicarme el camino más corto para tomar el metro, *mademoiselle*? —preguntó en perfecto inglés.

La rubia se inclinó hacia él, con lo que sus senos quedaron frente a sus ojos, y abrió la portezuela.

—Suba, que le llevaré.

Ayala entró en el coche, cerró, y ella lo despegó del bordillo, sin pronunciar palabra.

No lo hizo hasta que él pronunció las primeras:

—¿Muy lejos, querida?

Ella le miró de través.

—Supóngase que vamos a un hotel.

—Supuesto —respondió Ayala, rápidamente—. ¿Con usted?

La sonrisa de la rubia se amplió.

—Nada de eso, pero, si le interesa quizá nos pongamos de

acuerdo más tarde.

—¿Algo a cambio de ese favor?

Por unos segundos apartó los ojos de la avenida y le miró.

—Usted no es americano, ¿verdad? ¿Español?

Ayala le mostró sus dientes de lobo en una sonrisa.

—Soy americano —afirmó—. De La Habana, en Cuba.

La rubia calló, pero su silencio fue corto.

Y lo rompió con una pregunta:

—¿Sabe con quién tiene que entrevistarse?

—¿Y usted?

Ella hizo una mueca.

—No le gusta correr riesgos, ¿verdad?

—No.

—Ni conmigo.

—Con usted sólo correría uno, y nada más. El resto ya escapa a nosotros mismos. Además, es mucho mejor guardar silencio, según en qué cosas.

—Quizá sí, pero el contrato se hizo...

—Fue perfecto, pequeña, como lo es usted desde la cabeza hasta los pies... sin descartar esas piernas... pero siempre hay una fisura en alguna parte. Es un juego, ¿no?

—¿Debo estarle agradecida, Ayala?

—¿Por el elogio a sus piernas?

—Por lo demás. Mis piernas son perfectas, y el decirlo no es un elogio, sino una realidad.

—Por lo visto, entre sus muchas virtudes no entra la de la modestia.

—¿Y eso sirve para algo?

Ayala no contestó.

Se retrepó contra el respaldo del asiento y cerró los ojos.

Pensaba en el agente especial del FBI, Richard Genter; pensaba también en la mujer que llevaba a su lado.

Una identificación y tal vez un nombre.

Estaba seguro de que ella se lo diría si le preguntaba, pero jamás, salvo en muy extrañas circunstancias, sería el verdadero.

Ayala sonrió sin poderlo evitar.

—¿Cómo se llama, preciosa? —preguntó, abriendo los ojos y mirándola de través.

La vio sonreír, mostrándole sus blancos dientecillos.

—Daliah Hunter —respondió—. ¿Por qué?

—Por si nos volvemos a ver.

—¿Le gustaría?

—Desde luego.

La sonrisa de la rubia se amplió.

—Tenga por seguro que será así, Ayala.

—¿Dónde?

Hubo una pausa, muy ligera, que Daliah rompió:

—Me pondré en contacto con usted.

—¿Sí...?

—Sí, claro.

—¿Y tardará mucho?

Daliah soltó una ligera carcajada.

—Ya se muestra impaciente, ¿no?

—Tratándose de usted, a cualquier hombre le ocurriría lo mismo.

—Sí, puede ser... pero no me gusta precipitar las cosas y, mucho menos, en plena misión. Hay problemas muy importantes...

—Para mí, Daliah, lo único importante es usted.

—¿Galantería?

El cubano sonrió.

—Realidad.

—Tenga paciencia, querido... que ahora estamos llegando.

—Lo que es una lástima. Su compañía resulta interesante.

—¿Sólo interesante, Ayala?

—Incitante también, querida —respondió Ayala—. Como una droga a la que uno... Bueno, Daliah, eso lo sabe usted mucho mejor que yo.

—Sí, tal vez sea cierto —respondió sin mirarle, atenta a la maniobra que en aquel momento estaba realizando con el volante.

Hasta que lo detuvo.

Ayala miró por la ventanilla.

La plaza des Termes, frente al hotel Magestic.

Un hotel como otro cualquiera, de los muchos que habían en París.

Pensándolo así, ella dijo a su espalda:

—Tiene una *suite* para usted solo, Ayala. El resto es de su

incumbencia, y no de la mía.

Ladeó la cabeza para mirarla.

—Sí, así es —la miró pensativamente y preguntó—: ¿Puedo invitarla a visitar mis dominios?

Daliah sonrió.

—No por ésta noche.

El cubano abrió la portezuela.

—Me estaba temiendo que dijera eso, Daliah —respondió.

Y ella le dedicó una nueva sonrisa, pero no contestó, por lo que Ayala continuó, ahora con una pregunta que cambiaba radicalmente el tema de conversación que habían sostenido hasta el momento:

—¿Por qué tantas precauciones, si Genter abandona París esta misma noche?

Daliah se encogió levemente de hombros.

—Por si ha quedado un cabo suelto. Entre nosotros nunca se sabe.

Sin responder, Ayala descendió del coche.

—¿Cuándo la veré?

—Le llamaré uno de estos días, Ayala. Tenga por seguro que será así.

Cerró la portezuela, dejándole completamente solo, sobre la acera, frente a la puerta giratoria del hotel.

Ayala encendió un cigarrillo, lanzó una fugaz mirada a todo lo que podía abarcar con los ojos dentro de la plaza y, empujando la puerta, entró en el hotel, recto, a través del espacioso *hall*, hacia el *comptoir*.

—Me llamo Víctor Ayala —dijo, hablando como siempre, en francés—. Reservaron una *suite* para mí en este hotel.

El encargado le miró atentamente y respondió:

—Un momento, por favor, *monsieur* Ayala.

Fueron tres minutos.

—Piso cuarto, número 62, *monsieur*.

Ayala ya no le escuchaba; con las llaves en la mano, se volvió hacia uno de los ascensores y entró en él.

Treinta segundos más tarde, se encontraba en el pasillo correspondiente al lugar donde se hallaban sus habitaciones, y caminó hacia allí.

Un recodo.

Ayala lo dobló, y, justo en aquel momento, tuvo el primer tropezón.

CAPÍTULO III

Delante de sus ojos, el brillo metálico del cuchillo bajando velozmente hacia su cuello, y se ladeó con el tiempo justo de evitar la cuchillada que le rozó; luego se partió en dos pedazos, cuando tropezó con el adoquinado suelo de la calleja.

Genter se contorsionó como una serpiente, y por espacio de varios segundos, mientras que la otra figura daba vuelta alrededor de ellos, buscando un resquicio por pequeño que fuera para intervenir, luchó por quitárselo de encima hasta que lo consiguió, apartándola violentamente de sí mismo, y se puso en pie.

El puñetazo del otro le alcanzó en aquel momento y, dando vueltas, se vio despedido hacia la pared.

Tropezó en ella, vaciló sobre sus fuertes piernas, se enderezó y entonces, los dos a un tiempo, cargaron contra él.

Genter pudo utilizar la automática, pero no lo hizo.

Sencillamente, esperó.

Segundos, nada más que eso, y luego disparó la puntera del zapato derecho, que entró en colisión con la ingle del asaltante más cercano.

Su alarido de angustia pareció por unos momentos que iba a romperle los tímpanos de los oídos, pero apenas si pudo darse cuenta del hecho, ya que, despegando la espalda de la pared, engañó con la izquierda, llevando el puño cerrado y el otro golpeó con el brazo derecho, justo en el momento en que disparaba la derecha, cuyo canto, duro como el acero, tropezó con el puente de la nariz del asaltante.

Ahora no fue un alarido sino un ahogado grito, que murió apenas iniciarse, cortado por la misma muerte que el golpe de karate llevaba consigo.

Genter se pegó a la pared, pero ya no había enemigo a la vista.

Los dos en el suelo, uno muerto y el otro sin conocimiento, con

el rostro vuelto hacia el negro del cielo, completamente inmóvil.

Les miró largamente, hizo una mueca indefinible y se sacudió el polvo.

Hecho esto, empezó a andar buscando la ancha avenida, tratando, de paso, de recordar las señas que ella le diera, y preguntándose al mismo tiempo por qué le había abandonado a su suerte, cuando dijo que le esperaba allí, en el coche.

¿Le había ocurrido algo?

Era una pregunta cuya respuesta no sabía, por el momento, pero no tardaría en averiguar.

Una boca de Metro.

Genter no vaciló.

Ahora caminó rápidamente hacia allí, descendió, sacó billete en una máquina automática, parecidas a las que estaba acostumbrado a usar en Nueva York o Washington, y en el andén subterráneo esperó la llegada del tren, mirando alrededor, tratando de averiguar si había sido seguido o no.

Subió, y por espacio de cuarenta y cinco minutos viajó en unión de los trasnochadores y trasnochadoras, sumido en sus ahora nada agradables pensamientos.

Daliah, agente de la CIA.

Según noticias, una de las más sagaces de su país y, sin embargo, aquella noche... se había comportado de un modo desusado en ella, y se estaba preguntando por qué.

¿Agente doble?

Era una posibilidad, pero podía haber otra razón.

Genter descendió del Metro, subió a la superficie utilizando una escalera mecánica y, ya en la calle, miró a su alrededor.

Cerca.

Tenía que estar muy cerca.

Calle de Víctor Hugo, junto al cementerio.

Genter frunció el ceño.

Un mal lugar para vivir, según su propia opinión.

Continuó andando hasta que, un poco antes de llegar al cementerio, vio la mansión.

Una casa con columnas de mármol blanco, que parecían sostener el amplio porche, rodeada por una tapia, una enrejada puerta, árboles y plantas trepadoras, macizos de flores, rosales, y el

enarenado camino que iba a morir desde la misma calle de Víctor Hugo hasta la puerta principal.

Genter tanteó la puerta.

Cerrada.

Había dos caminos a seguir, y, en vez de escalar la enrejada puerta para saltar al otro lado, el agente especial del FBI escogió el más sencillo.

Lentamente, mirando a todos lados, extrajo el paquete de cigarrillos, los contó, y justo cuando llegó al número diez, detuvo la cuenta, tomó el cigarrillo, lo rompió entre los dedos, y del mismo sacó una delgada y dentada lámina de acero.

No vaciló; la introdujo en la cerradura y luchó con ella por espacio de diez segundos hasta que logró abrirla.

Hecho esto, colocó la varilla en otro de los cigarrillos, se guardó el paquete, pasó la automática de la funda de la axila al bolsillo de la americana, empujó la enrejada puerta y entró.

Macizos de flores...

Genter sintió algo de lástima al pisarlas, pero no tenía otra opción, ya que no deseaba acercarse a la mansión utilizando el camino corriente.

Tres minutos más tarde se encontraba detrás de uno de los árboles, examinando la entrada, completamente iluminada, como lo estaban algunas ventanas de la fachada principal.

No obstante, fuera, a su alrededor, imperaban la quietud y el silencio.

Abandonando el amparo del tronco del árbol, caminó hacia el porche, subió los cuatro escalones que daban acceso al mismo, y se acercó a la cerrada puerta.

La tanteó con las manos.

Como esperaba, estaba cerrada.

Genter vaciló por espacio de varios segundos entre llamar al timbre o no hacerlo, hasta que optó por lo segundo.

Por tanto, se apartó de allí y empezó a rodear la finca.

No perdió mucho tiempo.

Una ventana.

Se acercó.

Abierta, sólo tenía que levantar el marco hacia arriba para poder entrar, y lo hizo con extrema suavidad, sin producir un solo rumor;

luego pasó una pierna sobre el alféizar y saltó al interior.

Una habitación pequeña; no miró los muebles, sino que fue hacia la puerta que le cortaba el paso y la abrió.

El *hall*, inmenso, de mármol de colores y la escalera del fondo con barandal de madera con adornos de cobre y con escalones del mismo material.

Genter miró alrededor, introdujo la mano en el bolsillo de la americana y la sacó armada de la automática.

Empezó a andar.

Hacia la escalera, pero no llegó porque a su derecha se abrió una puerta, con el mismo silencio que reinaba por doquier, y entonces la vio.

Como se detenía en seco, encuadrada en el umbral, mirándole con asombro, pero sin miedo a pesar del arma que llevaba en la mano.

Morena, algo más alta de lo normal.

Se inmovilizó sin saber lo que hacer por el momento, cuando ella ya estaba reaccionando.

—¿Qué significa esto, un atraco, un robo?

Genter continuó sin moverse.

—¿Usted qué cree? —preguntó a su vez.

—Yo no creo nada —fue la rápida respuesta que obtuvo de ella, que continuaba mirándole sin miedo, pero con manifiesta curiosidad—. Es usted quien debe explicarlo.

Genter hizo una mueca.

—Me enviaron aquí, ¿comprende?

—No. Desde luego, no.

Arqueó una ceja.

—Lo hizo una mujer llamada Daliah... —dejó una pausa y añadió con el dedo crispado sobre el gatillo—: Daliah, de la CIA americana, muchacha. Vamos, lléveme a cualquier lugar donde podamos hablar.

Fue entonces cuando recibió una de las mayores sorpresas de su vida cuando ella dijo sencillamente:

—Daliah Hunter soy yo.

Genter no cambió de expresión, pensaba velozmente.

—¿Puede identificarse?

—Cierto que sí. Vamos, venga conmigo.

Dio media vuelta y, sin esperar respuesta, entró en la habitación que acababa de abandonar y, sin soltar la automática, Genter fue detrás.

Un dormitorio.

El de la muchacha que tenía delante, y que ahora le observaba a través de las tupidas y negras pestañas, con una extraña mueca en los labios.

—Mi identificación está en uno de esos cajones —dijo, señalando el pequeño tocador—. Mírelo usted, si quiere.

Genter empezó a andar de lado en aquella dirección y ella, con una leve sonrisa jugueteando entre sus sensuales labios, se dejó caer en el borde del lecho y desde allí continuó mirándole.

—En el cajón superior —dijo—. En el resto sólo hay cosas personales.

Genter no respondió.

Lo abrió.

Una cartera pequeña, de esas que se suelen llevar en el bolso.

La tomó con la mano izquierda y la abrió, justo cuando ella decía:

—¿Por qué no es un buen muchacho, y me dice lo que ocurre? Ande, guarde esa pistola y venga a mi lado; hablaremos.

No lo hizo.

Avanzó unos pasos, sin dejar de mirarla, hacia una de las dos butaquitas que había en el dormitorio, y se dejó caer en ella.

Miró la cartera por segunda vez, examinó los sellos y luego, con un seco ademán, la lanzó sobre la cama, junto a Daliah.

—¿Y bien...? —preguntó—. ¿Aún no está conforme?

Genter dejó vagar una leve sonrisa entre sus delgados labios.

—No.

—Correcto, ¿qué es lo que quiere? Y mirando bien las cosas, aún no me ha dicho quién es usted y qué busca aquí. Habló de la CIA americana. ¿Por qué?

—Eso vendrá después.

—¿Después de qué?

—Por ejemplo, de que me diga algunas cosas.

Ella señaló la automática que aún continuaba en su mano y respondió:

—Guarde eso, ¿quiere?

Me está poniendo nerviosa.

Sin hacer caso, Genter respondió:

—Vamos, muchacha, explíquese. ¿Quién es esa otra Daliah?

—¿Me creería si le dijera que no lo sé?

—No.

—Sí, claro, es lo que supuse que diría —hizo una ligera pausa, y preguntó mucho antes de que Genter lograra interrumpirla—: ¿Dice usted que fue ella la que le envió aquí?

—Sí.

Un nuevo silencio y Daliah preguntó:

—¿Puedo usar un transmisor?

Siempre sin dejar de apuntarla, Genter respondió:

—Puede, siempre y cuando no la pierda de vista, y yo esté presente.

Daliah se puso en pie lentamente, se le acercó un poco, con los negros y obsesionantes ojos fijos en los suyos y contestó: Antes quiero que me diga quién es usted y cómo supo lo de la CIA.

Tranquila, muy tranquila, a pesar de tener delante el cañón de una pistola.

Firme, sin nervios, sin saber quién era él y qué deseaba, o si la iba o no a matar.

—¿Para qué quiere saberlo?

—La pregunta huelga, ¿no? Vamos, responda. ¿Quién es?

—Richard Genter, del FBI. Ahora, preciosa, haga algo que no me guste y la mataré.

Daliah no respondió, le dio la espalda y Genter se puso en pie para ir tras ella cuando se acercó al tocador, uno de cuyos cajones abrió.

Pero cuando introdujo la mano en él, Genter se encontraba directamente a su espalda.

—Ahora tenga mucho cuidado, pequeña —dijo.

Daliah no contestó, pero se volvió a mirarle, llevando en la mano un paquete de cigarrillos.

Sin dejar de observarse, trabajando en forma mecánica, guiándose por el tacto, Daliah desplegó la pequeña antena microscópica, no sin antes haberle quitado la envoltura al paquete, y se lo llevó a los labios.

Continuaba mirándole cuando empezó a hablar:

—Círculo Rojo llamando a Centauro... Círculo Rojo llamando a Centauro. Conteste. Cambio.

Hubo unos segundos de silencio, al cabo de los cuales llegó la respuesta:

—Informe, Círculo Rojo.

—Hay complicaciones. Cambio.

—¿Qué clase de complicaciones?

Daliah desvió los ojos de los de Genter y miró las luces de París a través de la ventana.

—Un hombre está aquí conmigo —dijo—. Richard Genter del FBI. Al parecer, está en dificultades.

Hubo un nuevo silencio y la misma voz, metálica transmisor-receptor de radio:

—Quiero hablar con él. Cambio.

Con la sonrisa en los labios, Daliah alargó la mano y fría, sin matices, se dejó oír a través del minúsculo diciendo:

—Tómelo, que no muerde, Richard, y guarde eso. Aquí no le hace falta.

No respondió; lo tomó y, llevandoselo a los labios, dijo escuetamente:

—Genter al habla.

Cambio.

Hubo un leve zumbido, que cesó repentinamente, y entonces le llegó la respuesta:

—¿Qué dificultades son ésas, Genter? Según tenemos entendido, a esta hora debería encontrarse en las cercanías del aeropuerto de Orly. Cambio.

—Así es... pero no pudo ser —dejó un pequeño silencio, como tratando de coordinar sus ideas y añadió—: Efectúe los contactos y...

Poco a poco, Genter explicó el resto de la historia hasta el momento presente, y terminó diciendo:

—Me gustaría saber quién fue la mujer que me llevó allí, y cómo lo sabía. Indudablemente, el tipo estaba muerto desde hacía por lo menos un par de horas, lo que quiere decir que me condujeron a una trampa. Eso es todo. Cambio.

—Escuche, Genter, busque un lugar donde pasar la noche, y mañana póngase en contacto con nuestra Embajada en París.

Supongo que lleva transmisor, ¿no?

—Sí, claro.

—Daliah le dará la frecuencia a emplear y la hora. Buenas noches y suerte, Genter. Cambio y fuera.

Genter plegó la antena, puso el envoltorio al paquete de cigarrillos y se lo devolvió.

—Y ahora, ¿vas a guardar esa arma, Genter?

Sin responder, la colocó en la funda de la axila y ella, con un elegante ademán de su mano, de dedos largos y rematados de nacaradas uñas, le indicó que se sentara.

—¿Y bien...?

Genter esbozó una fría sonrisa.

—No hay más de lo que le he dicho.

La siguiente pregunta de Daliah no le sorprendió porque la esperaba:

—¿Cómo era esa mujer?

Genter la miró, recorriéndola con los ojos, con complacencia, y respondió:

—Morena y tanto o más hermosa que usted.

—¿Nada más?

Genter hizo una mueca.

—No, nada más. Mujeres como ella, en París, hay muchas.

Y al decirlo, estaba recordando a la muchacha que le llevara en el coche hasta su punto de contacto.

—Y eso ¿dónde nos deja?

—Supongo que en ninguna parte.

Daliah se puso en pie.

Deliciosa, como ya pensara antes bajo la combinación rosa, pero también lo calló.

Fue ella la que interrumpió sus pensamientos cuando ya se estaba levantando de la butaquita, imitándola:

—¿Desea algo para beber, Genter?

—*Whisky*. Supongo que tendrá.

—Escocés legítimo. Espere un momento, ¿quiere?

Abandonó el dormitorio, dejándole solo, y Genter lanzó una penetrante mirada alrededor, pensando en que ya estaba resultando cargante todo aquello.

Eran demasiadas cosas las que no comprendía, y el hecho le

ponía nervioso, tanto, que ni siquiera se fijaba en la detonante y explosiva belleza de la muchacha.

Se puso en pie. Lentamente se acercó a la ventana, y durante bastante tiempo estuvo contemplando el espectáculo que a lo lejos ofrecía la noche de París.

Nunca supo cuánto; sólo que ella le interrumpió:

—Un espectáculo fascinante, ¿verdad?

Se volvió a mirarla.

—Sí, así es.

—Sobre todo al que viene a París por primera vez.

Era toda una invitación para que expusiera si él había o no estado allí con anterioridad, pero tampoco se lo dijo.

Simplemente, se limitó a responder:

—Supongo que a usted no le causa impresión, ¿verdad?

—No, no mucho. Llevo más de tres años paseando por esas anchas avenidas, Genter.

Se le acercó, llevando el vaso de *whisky* en la mano.

Sobre la rosa combinación se había puesto una bata de seda natural, larga hasta los pies, y al verla, muy cerca, casi rozándole, Genter se dijo así mismo que era sencillamente fascinante, cosa que tampoco confesó.

Tomó el vaso y ella le indicó que se sentara.

Lo hizo a su vez frente a él, cabalgó una pierna sobre la otra, y le miró a los ojos.

—Ahora, si no le importa, Genter, me gustaría que habláramos de todo esto.

—¿Sí...?

—Claro.

—¿Y qué desea que le diga, además de lo que ya dije, Daliah?

La pelirroja le sonrió.

—Nada... a no ser que me gustaría comentar los hechos.

—¿Paso a paso?

—Sí, así es.

Genter levantó el vaso y bebió hasta mediarlo sin apartar los ojos de ella. Al terminar, empezó:

—Yo veo las cosas de este modo, muchacha. Uno de nuestros agentes se «cuela» con documentación falsa entre los miembros de la conferencia de desarme, y empieza a tomar fotografías de todos

los altos dirigentes del partido comunista del otro lado del muro de Berlín, que más tarde lleva a un laboratorio. Allí compone un microfilme, en el cual añade nombres y datos y sobre todo, lo hablado, en cifras y números clave que nadie sirven, a no ser a nosotros y los del servicio de contraespionaje alemán y a los comunistas... que tendrán que descifrarla, cosa que conseguirán más tarde o más temprano.

»No sabemos por qué, pero el agente es descubierto, lo que prueba que se esconde nada más llegar a París, donde se pone en contacto con la CIA, cuyos agentes son conocidos en París, ¿no? Por lo menos, usted lo es, quizá la muchacha que me llevó al bar donde conocí a otra que al parecer lo sabía todo, y tal vez... a algunos más a los que yo no he visto nunca, ni quizá llegue a ver jamás.

Algo se filtra por alguna parte, y en el bar, la morena dice llamarse como usted y me lleva en su coche hasta la casa donde tengo que tomar el microfilme y largarme con él antes, incluso de París.

Una emboscada y cuatro muertos son el balance de esto. Y ahora, Daliah, dígame, ¿cómo diablos sabían ellas que yo iba a venir a Francia?

Ella le miró pensativamente por espacio de varios segundos, luego consultó su reloj y respondió:

—Si supiéramos eso, Genter, tendríamos en las manos todos los hilos de la madeja.

Genter la miró, dubitativo.

—¿Quiénes más intervienen en esto, Daliah? —preguntó.

—Ni yo misma lo sé, y le estoy diciendo la verdad. —Hizo una pausa y preguntó—: Volviendo a nuestra conversación anterior, ¿cree usted que ellos se hayan apoderado de ese microfilme?

Genter hizo una mueca.

—Eso es algo... o mejor dicho; otra de las cosas que no sabemos, y que nos costará trabajo averiguar.

Hubo un nuevo silencio entre los dos, que Genter aprovechó para beber hasta terminar con el *whisky*, y que Daliah rompió:

—¿Registró el apartamento?

Genter se puso en pie.

—No.

—Pero... ¡Eso fue un error,

«G-Men»!

Ningún miembro de la CIA lo hubiera cometido.

Sin descomponerse por aquello, Genter replicó:

—¿Vio el interior de ese apartamento, *mademoiselle* Hunter?

—No, claro que no. ¿Cómo podía verlo, si no me he movido de aquí desde hace un montón de horas?

Genter no respondió, dio media vuelta y se acercó a la puerta del dormitorio.

Casi la alcanzaba cuando Daliah preguntó a su espalda:

—¿Puedo saber adónde va?

—A la calle, querida, a buscar un alojamiento para esta noche. Mañana a primera hora me pondré en contacto con usted para...

—Puede quedarse aquí, si lo desea, Genter. Vamos, acérquese, que no voy a comérmelo.

Genter arrugó el entrecejo en tanto Daliah le sonreía, y entonces avanzó un paso, dos, y al dar el tercero, la vista se le nubló repentinamente y cayó al suelo como un saco, golpeándolo duramente con su corpachón de gigante.

Sin que su bello rostro cambiara un ápice Daliah se le acercó lentamente y con la puntera de los pies, le volvió boca arriba.

Hecho esto, se arrodilló a su lado y procedió a registrarle.

Una hora más tarde, cuando se recobró, con el cerebro un tanto turbio, algo se movía por debajo de él.

Genter abrió un ojo, luego otro y miró.

Tenía la cabeza inclinada hacia adelante, por lo que lo primero que vio fueron unas perfectas rodillas, unos morenos, largos y bien torneados muslos, el borde de una minifalda y a continuación vino la pregunta:

—¿Se encuentra mejor, querido?

Sin poderlo evitar, y a pesar de las enseñanzas de Quantico, Genter soltó una maldición y acto seguido trató de erguirse sobre el asiento del coche donde se encontraba sentado.

—¿Puedo saber a qué se debe ese trato? Richard, ¡qué está en presencia de una dama!

Genter ya no maldijo, con un seco ademán se llevó la mano a la funda de la axila, pero la automática de su propiedad ya no se encontraba en su lugar habitual.

—¿Va a matarme,

«G-Men»?

La miró y cerró los ojos para que ella no viera el brillo casi homicida que apareció súbitamente en sus pupilas, y no contestó.

¿Para qué hacerlo, si no merecía la pena?

CAPÍTULO IV

Cerró los ojos, y en aquel momento recibió la bofetada.

Moirá los abrió, sorprendida, y entonces recibió otra, mientras que el hombre se apartaba a un lado y cayó al suelo rodando, luego de dar un par de vueltas sobre sí misma.

No se movió.

Sólo le miraba.

El hombre no dijo nada, pasó por su lado hacia el dormitorio y Moira, como fascinada, le vio entrar para regresar al cabo de unos segundos llevando entre las manos un vestido y varias prendas más.

—Vamos, ponte eso que nos vamos.

No respondió; tampoco se negó a hacerlo; empezó a vestirse y, al terminar, preguntó:

—¿Dónde vamos?

—A dar un paseo, Moira.

—¿El definitivo...?

El hombre se rió suavemente.

—Nada de eso, querida, ¿comprendes? Nada de eso. Vamos a charlar un rato.

—¿De qué?

—¡Oh! De varias cosas.

—Dime una, ¿quieres?

—Bueno... tal vez me decida a preguntarte por Pool Foster.

—¿Foster...? ¿Qué hay de él? Es un amigo, un buen amigo. Entonces, ¿a qué viene esto?

—Hablares más tarde, Moira. Ahora, nos vamos.

Ella lanzó una mirada alrededor, y sus ojos se clavaron en el bolso que había sobre uno de los sillones.

Empezó a acercarse, pero él lo hizo antes y lo tomó.

Moirá no se detuvo por eso, continuó acercándose, y ya no lo hizo hasta que casi no le rozó.

—¿Esperas encontrar algo de interés en el bolso? —preguntó.

—Eso nunca se sabe.

Empezó a registrarlo.

Moira no se movió, pensaba velozmente, y sus pensamientos no eran nada agradables.

El tipo estaba cerrando el bolso, y luego se lo dio.

—Entonces, ¿puedo llevarlo?

—Sí, claro, ¿por qué no? ¿Nos vamos?

Moira se encogió levemente de hombros.

—Cuando quiera —dijo.

Pierre St. Cyr hizo una mueca, señaló la puerta y añadió:

—Tú primero.

—Muy galante —respondió ella, empezando a andar delante de él, en dirección a la puerta.

Salieron al pasillo.

—Cierra la puerta, Moira.

Lentamente, se volvió dando la espalda y lo hizo.

Empezó a andar hacia el ascensor, pero mucho antes de llegar, St. Cyr la prendió de un brazo.

—Iremos por la escalera, querida —dijo.

Moira no protestó.

Se limitó a mirar su reloj de pulsera.

Las tres de la madrugada.

En cualquier lugar de París, un agente del FBI viajaba hacia el aeropuerto de Orly. Por tanto, ¿a qué diablos todo aquello?

No lo comprendía, pero tenía que escapar.

Conoció a St. Cyr meses atrás, en una fiesta, y desde entonces intimaron bastante. Tenía que intimar a toda costa, y lo había conseguido, sin averiguar nada hasta aquella noche.

Daliah Hunter, Pool Foster y ella misma, empeñados en un juego mortal, cuya primera víctima, al parecer, era ella misma.

Eran riesgos, gajes del oficio, y no debía quejarse. Antes de pertenecer...

Las súbitas palabras de su acompañante, cuyos dedos se le clavaban en la carne por encima del codo derecho, interrumpieron el hilo de sus pensamientos.

—Ten cuidado cuando lleguemos a la calle, ¿comprendes?

—¿A qué se refiere? —preguntó ella con el tono más inocente

del mundo.

St. Cyr hizo una mueca con los labios.

—No deseo que intentes correr o escapar. Lamentaría mucho hacerte daño.

—¿Una nueva galantería, Pierre?

El francés maldijo entre dientes.

—¿Te estás burlando de mí? —preguntó.

—¿Y por qué no? Me estoy preguntando a qué se debe todo esto, y no logro entenderlo. ¿Por celos hacia Pool Foster? Es un amigo, y un tipo muy simpático. Pierre. ¿Es por eso?

St. Cyr dio la callada por respuesta.

Estaban llegando al final del pasillo, y ante los ojos de los dos apareció la escalera.

Fue allí donde Moira añadió:

—No es mi amante, Pierre, ¿comprendes? Por tanto, si es por él...

—¡Cállate!

Moira abrió mucho los ojos.

—Pero si yo le estoy diciendo...

—¿Quieres callarte?

No contestó.

Continuaron andando, en silencio, y empezaron a pisar los primeros peldaños de la escalera, hacia el primer descansillo.

Faltaban un par de ellos cuando comenzaron a ocurrir cosas.

Ayala se detuvo en seco, y su rostro moreno e impenetrable no acusó la emoción que le embargaba en aquel momento.

Frente a él, mirándole fijamente a los ojos, quizá tan sorprendido como él mismo, tenía a Eric von Scheell.

De los dos, fue el alemán el que primero habló.

—¡Diablos, *herr* Ayala! —exclamó—. No esperaba encontrarle en París. ¿De vacaciones?

Ayala le mostró sus fuertes dientes de lobo, en una sonrisa.

—Exactamente lo mismo que usted, Von Scheell —respondió—. París es un paraíso en cualquier época del año. ¿Es o no es así?

El alemán le miró, dubitativo.

—Cierto que sí —respondió, hablando como siempre, con fuerte acento extranjero—. Vamos, venga conmigo.

Ayala arqueó levemente una de las cejas.

—¿Adónde? —preguntó.

—Al bar. Beberemos unas copas. Vamos, le invito a usted.

Ayala sonrió para sí.

—¿Vamos a celebrar algo, Von Scheell? —preguntó.

—¿Y por qué no? Nuestro encuentro. Incluso, si no le molesta, podemos recordar viejos tiempos, ¿no?

Se podían recordar muchas cosas, incluso demasiadas, y entre ellas la Gestapo alemana, cuando la pasada contienda mundial... Viejos tiempos, como había dicho, o nuevos, a juzgar por el presente.

Ambos se habían enfrentado más de una vez, y ahora, el destino, caprichoso, volvía a ponerles frente a frente en una zona completamente neutral, que ya no lo era tanto, desde que la CIA había tomado cartas en un asunto que venía del otro lado del muro de Berlín.

Del mismo lugar en que Eric von Scheell acababa de llegar, aunque él dijera todo lo contrario.

Ayala sonrió.

—¿Hace mucho que se encuentra en París, Von Scheell? —preguntó.

El alemán le dio una patada al francés cuando respondió:

—¡Oh, *mon ami*, eso no se pregunta! —hizo una pausa, sin que Ayala dijera nada, y añadió, en vista de su silencio:

—¿Una copa? Los enemigos se invitan mutuamente cuando se encuentran de vacaciones, ¿no?

—¡Ah!, pero ¿lo somos, Von Scheell? Viéndonos aquí, ahora, nadie lo diría.

—No, desde luego que no. ¿Viene?

Ayala miró pensativamente las llaves de la *suite* que la CIA le había reservado en el hotel se las guardó en el bolsillo y respondió:

—De acuerdo, vamos, si es usted el que paga.

El alemán le sonrió.

—De acuerdo, *herr* Ayala, la invitación corre de mi cuenta. —*Whisky* o champaña. ¿Qué prefiere?

—*Whisky*, siempre que sea americano —respondió, sabiendo que con aquello le daba una patada en la espinilla al alemán.

Empezaron a andar, el uno al lado del otro, hacia uno de los

ascensores, con el que descendieron a la planta baja.

Del mismo modo cruzaron el *hall* hacia la encristalada puerta del fondo, puerta que daba acceso al bar.

La mujer que había sentada en uno de los sillones del *hall*, a pesar de la hora, merecía la pena mirarla, pero ninguno de los dos se apercibió de ello.

Una morena que apenas si les vio Cruzar el dintel se puso en pie, y avanzó, decidida, hacia la escalera.

Empezó a subir.

Ya en la barra, Ayala miró al alemán.

—¿De qué hablamos? —preguntó.

Von Scheell le dedicó una sonrisa.

—Antes, algo para beber —dijo, haciendo una seña al barman, cuando ya éste se les estaba acercando.

—Dos *whiskys*, por favor —pidió, y se volvió enfrentando al cubano, en tanto que el otro se retiraba para dar cumplimiento a lo pedido—. ¿Decíamos...?

—Por el momento nada, Von Scheell —respondió Ayala—. Usted termina de pedir algo para beber, ¿no?

—Sí, claro, así es —le miró pensativamente y añadió—: Me estoy acordando de la última vez que nos vimos al otro lado del muro, *herr* Ayala y... Bueno, no sé si quitarme el sombrero delante de usted. Admiro a los hombres cuando éstos saben usar la cabeza para algo más que para llevar... eso que le he dicho antes. El servicio de inteligencia de su país estará muy orgulloso de...

Ayala hizo un gesto displicente con la mano, y el alemán se interrumpió.

—¿Por qué no nos comportamos, aunque sólo sea mientras tomamos el *whisky*, como dos personas normales y dejamos aparte todo lo demás?

—¿Y más tarde, *herr* Ayala?

Ayala esperó a que el barman se retirara, después de depositar los dos vasos frente a ellos, y contestó, llevando la sonrisa en los labios.

—Más tarde, Von Scheell —respondió—, puede que me decida a matarle a usted, si es que en realidad no se encuentra de vacaciones.

El rostro del germano no cambió.

—Es una posibilidad, *herr* Ayala —dijo—, contando con que pueda hacerlo, ¿no?

—Sí, así es —y añadió, mirándole de hito en hito—. ¿Puede saber qué ha venido a hacer en París?

—Ésa es la misma pregunta que le puedo hacer yo, ¿verdad?

—Sí, así es.

Tomó el vaso, bebió un poco y añadió:

—Quizá venga buscando cierta película, bastante interesante por cierto, ¿no?

El alemán arqueó una ceja.

—¿De qué me está hablando?

Ayala sonrió.

—Alguien fue más listo que todo el servicio de contraespionaje alemán y ruso, Von Scheell —respondió con tono de cinismo y logró regresar a París con una información bastante importante, ¿no?

—Si usted lo dice,...

—Espere, que aún no he terminado. El tipo que la trajo, uno de nuestros agentes, la entregó esta noche. Por tanto, si quiere un consejo, Von Scheell, voy a dárselo. Abandone París, o tendrá dificultades con la CIA.

El alemán le devolvió la sonrisa, tomó el vaso y bebió lentamente.

Al terminar, respondió:

—Ustedes, los cubanos, tienen la sangre muy caliente. Vine de vacaciones y voy a quedarme en París. La CIA es algo que, por el momento, no me preocupa. En cuanto a ese microfilme, podemos dejarlo en el lugar donde se encuentra, ¿no? En su país.

Volvió a sonreír por segunda vez y se llevó el vaso a los labios para beber, sin dejar de mirarle por encima del borde del cristal.

Ayala le imitó, en tanto que su cerebro trabajaba a marchas forzadas.

No le gustaba la presencia de Von Scheell en París, y no había más verdad que aquélla.

El agente Richard Genter del FBI, no iba camino del aeropuerto de Orly, como todos suponían, incluso sus propios compañeros, y aquello aún le gustaba mucho menos.

Jamás había trabajado en conjunto con los federales y se preguntaba cómo reaccionarían en un caso dado.

Por ejemplo, en aquél.

Frente a él, el alemán soltaba el vaso completamente vacío, y ahora estaba introduciendo la mano en el bolsillo del pantalón.

El paquete de cigarrillos.

Lo abrió, extrajo uno y luego sonrió, mirándole a los ojos.

—¡Oh! Perdone, *herr* Ayala —dijo—, debí ofrecerle primero a usted.

Ayala se la devolvió.

—Sólo fumo de los míos, cuando lo hago. La verdad, Von Scheell, es que apenéis si los uso. El tabaco es nocivo para la salud.

—¿Trata de decirme que intento dragarlo con uno; de mis cigarrillos?

El cubano se echó a reír.

—Usted ve demasiadas películas policíacas o de espionaje, Von Scheell —respondió, sin dejar de reír—. No creo que se atreviera a hacerlo aquí, delante del barman y de los clientes. Usted hace las cosas de otro modo. Es especialista en tortura, luego Un par de tiros, y el de gracia en la nuca.

¿Es o no es así, entre otras cosas, como trabajaba la Gestapo durante la guerra?

El rostro del alemán se nubló.

—¿Sabe en lo que estoy pensando, Ayala?

—No, desde luego que no.

—Se lo diré a usted, y es sencillo. Me está estropeando la noche y el *whisky*.

—Creí que de los americanos, no le gustaba ni el licor.

—Pues se equivocó de medio a medio —abandonó el taburete y, en pie, le miró directamente a los ojos—. Buenas noches, *herr* Ayala.

Se volvió hacia la puerta, pero apenas si dio dos pasos en aquella dirección cuando el cubano la llamó:

—Un momento, Von Scheell...

Se volvió a mirarle.

—¿Sí...?

Con la sonrisa en los labios, ahora un tanto burlona, Ayala señaló los dos vasos vacíos.

—Creo que usted fue el que invitó, ¿verdad?

El alemán no respondió, dio media vuelta y, seguido de la

mirada siempre burlona de Ayala, cruzó el umbral de la acristalada puerta y, desde allí, le vio dirigirse a uno de los ascensores, lo que para él sólo significaba una cosa; que Eric von Scheell también se alojaba en el Magestic, y se dijo a sí mismo que aquel hecho no debía olvidarlo ni un solo segundo.

Ayala hizo una seña al barman y, cuando le tuvo delante, pidió:

—Póngame otro, por favor.

—Enseguida, *monsieur*.

Lo hizo así, mientras lo bebía lentamente, sin prisa alguna por irse a dormir, a pesar de que eran cerca de las cuatro de la madrugada, su cerebro funcionó a marchas forzadas.

Daliah Hunter, siempre Daliah.

Le gustaba aquella mujer como ninguna otra, pero estaba seguro de que, si había un nuevo contacto, no sería amoroso, ni mucho menos.

Éste fue el último pensamiento que tuvo, antes de abonar los tres *whiskys* que habían pedido.

Luego abandonó el taburete y avanzó hacia la acristalada puerta.

Exactamente igual que hiciera Von Scheell, Ayala utilizó uno de los ascensores, y luego caminó hacia la *suite*.

Introdujo la llave en la cerradura, abrió la puerta, la cerró a su espalda y avanzó hacia el interior.

Al llegar a la sala de estar, la vio, abandonando perezosamente el sofá donde se encontraba sentada, y al mirarla un tanto sorprendido, el cubano se dijo que piernas como aquéllas no había visto en mucho tiempo.

—¿Quién es usted y qué busca aquí? —preguntó.

Como primera respuesta, ella le sonrió.

Una discreta carcajada, con repique de campanas de cristal, y que rompió el silencio de un modo muy agradable y muy a su pesar.

La miró.

Había dejado de reír.

—Al parecer, llegué a tiempo, ¿no? ¿Y es así como me da las gracias?

Tampoco respondió.

—Círculo Rojo, llamando a... Círculo Rojo, llamando a...

Lanzó una nueva maldición, y ella le miró con asombro.

—Pero, Richard...

Genter tragó saliva, con aquella parte de la cólera que sentía en aquel momento.

—¿Puedo saber a qué se debe esto y qué significa?

La muchacha morena, de grandes y rasgados ojos negros que tenía a su lado, en el interior del coche que continuaba rodando silenciosamente, se deslizó materialmente sobre el asiento, hacia él, levantó la hermosa cabeza y le ofreció los labios.

Genter vaciló, pero sólo fue cuestión de segundos, al cabo de los cuales la enlazó por la cintura y la besó, mientras que ella llevaba las manos a su nuca.

Una discreta tosecita, procedente del lugar que ocupaba el conductor, les separó un tanto, aunque Genter no apartó la mano de su cadera.

—Así está mejor,

«G-Men»

—dijo ella.

Genter tardó varios segundos en contestar y, cuando lo hizo, fue con una pregunta:

—¿Puedo saber, de una vez, qué significa todo esto y quién es usted?

—Mi nombre, querido, como ya te dije —le tuteó—, es el de Daliah Hunter. Una muchacha que acaba de sacarte de un aprieto.

—Como antes me metió en otro, ¿no?

Y había un manifiesto rencor en su voz.

—Sí, así es —respondió ella—, pero era parte del juego.

—¿De qué juego? ¿Del tuyo?

—Pongamos que del de los dos, Richard.

—¿Sí...? Explicate, ¿quieres?

—No, ahora no.

—Entonces... ¿Cuándo?

—Dentro de un poco. Apenas lleguemos.

—¿Dónde vamos?

—A mi casa.

—Allí, ¿para qué?

Daliah consultó su reloj de pulsera.

—Es muy tarde, Richard —susurró—, y ambos debemos

descansar. Mañana continuaremos con todo esto.

—Creo, pequeña, que antes de irte a dormir, tenemos que poner unos cuantos puntos en claro. Por ejemplo, ¿por qué me llevaste a una trampa?

—Tenía que hacerlo, aunque tú creas lo contrario —le miró con tal intensidad que casi le aturdió, y continuó, al cabo de unos segundos de silencio—: Espero hacértelo comprender, dentro de pocos minutos.

—No te esfuerces, querida; creo que ya sé a qué te refieres.

—¿Estás seguro?

Genter le dedicó una torcida sonrisa.

—Puedes apostar a que es así, muchacha.

Ella le miró con asombro hasta que terminó por preguntar:

—¿Molesto...?

—¿No lo estarías tú en mi casa?

—Sí, creo que sí.

Callaron.

El coche continuaba rodando hasta que, de un modo súbito, empezó a acercarse al bordillo de la acera y se detuvo.

Daliah pasó la mano por delante de él y abrió la portezuela de su lado.

—Vamos, Richard —dijo suavemente—, baja, ¿quieres?

Sin moverse, Genter preguntó:

—¿Es así como trabaja la CIA, querida?

Daliah la miró, abriendo mucho los ojos.

—Algunas veces, Richard —respondió—. ¿Por qué?

—Por la sencilla razón de que me dais asco, muchacha —respondió el

«G-Men»,

diciendo la verdad de lo que sentía en aquel momento.

No esperó respuesta, saltó sobre la acera y se volvió a mirarla.

Daliah hacia lo propio en aquel instante.

—Vamos, ven conmigo.

Tiró de él hacia la enrejada puerta que daba acceso a la escalera, y Genter, sin pronunciar palabra se dejó llevar.

Daliah abrió el bolso, sacó las llaves y abrió.

A sus espaldas, el coche que les había llevado hasta allí se ponía en marcha.

Piso cuarto, apartamento
49-M.

Le condujo al *living*.

—Siéntese, Richard —dijo—, voy a preparar algo para beber.

Genter no respondió.

Se limitó a dejarse caer sobre el sofá que ella le indicaba y esperó.

Daliah le volvió la espalda apenas si lo hubo hecho y se acercó al bar.

Detrás de ella, sin moverse del lugar que ocupaba, Genter vio cómo manipulaba durante unos minutos y luego cómo se volvía a mirarle, con dos altos vasos en la mano, sonriéndole.

Le dio uno, fue a sentarse a su lado, sonriéndole, y le miró a los ojos.

—¿Quieres que hablemos ahora o lo dejamos para dentro de unas horas?

Sin devolver la sonrisa, Genter respondió:

—Deseo oír tu propia versión, ahora —se palpó la funda de la axila y añadió—: Por ejemplo; deseo saber qué fue de mi pistola.

—Cuando te recogí en aquella casa, querido, no tenías arma alguna.

Y él recordó que fue ella la que le envió allí. «Si ocurre algo imprevisto...».

Por tanto, estaba segura de que tenía que ser así. Ahora bien, lo que aún no acababa de explicarse era el porqué de todo aquello.

La idea que pugnaba por abrirse paso en su mente no terminaba de cuajar, y esperó, sabiendo que dentro de unos minutos todo iba a quedar claro, aunque fuera en apariencia.

—Sigue, ¿quieres? —respondió—. Si mal no recuerdo, tú misma me indicaste esas señas. Vamos, habla.

Siguió un largo silencio entre los dos, que Genter aprovechó para llevarse el vaso a los labios.

Y empezó a beber sin dejar de observarla por encima del borde del cristal.

CAPÍTULO V

Un silencio que Daliah rompió tan pronto como le vio depositar el vaso sobre la mesita que había junto a los dos.

—¿Qué es lo que deseas saber, Richard?

—Todo. Y al referirme a todo, me interesa saber también quién es esa otra mujer que se llama como tú.

Daliah sonrió.

—Creí que ya lo sabías —dijo.

Genter se acercó más, y pasó el brazo izquierdo por su cintura.

Ella no se movió.

—Lo sé —replicó—, pero quiero oírtelo decir a ti.

Daliah levantó la cabeza hacia él, le besó en los labios, caricia que no fue devuelta, y contestó:

—Antes que nada, desearía que me dijeras una cosa, Richard.

—¿Y es...?

Daliah vaciló durante un breve espacio de tiempo, antes de responder:

—¿Registraste el cuarto de...?

Era la misma pregunta que le hicieran horas antes, exactamente la misma, y frunció el ceño antes de contestar:

—No, ¿por qué?

—¡Oh! —vaciló un poco y añadió—. Por nada.

Si había o no algo más, Genter no lo supo, ya que Daliah añadió:

—Me hubiera gustado que lo hubieras hecho, Richard.

—Suponte que no me dieron tiempo. Fueron dos y tuve suerte. Nada más que suerte. De no ser así, temo que ahora estuvieras hablando con un muerto.

Brazo que no se apartaba de su cintura, contacto que la enervaba, que ofuscaba sus ideas...

Hizo un esfuerzo y replicó:

—Ya lo he supuesto. ¿Qué más?

—¿Cómo que qué más?

—Escucha, Richard, el asunto es éste...

Por espacio de más de media hora, sin que Genter la interrumpiera ni una sola vez, Daliah estuvo desgranando en sus oídos toda la historia, parte de la cual ya sabía, y otra que para él sólo significaban sospechas.

Al terminar, contestó, siempre sin soltarla y sin que ella hiciera nada por evitar el contacto de su mano en la cintura.

—Bien, pequeña, ¿cuáles son las órdenes?

Daliah se las dijo y en el acto recibió la respuesta:

—¿Esta misma noche?

—No. Será mañana... y ya discutiremos la hora. Esta vez también te acompañaré.

—¿Para dejarme en...?

—Ahora ya no hace falta. Sabemos, todo lo que deseábamos saber de todo esto.

Una farsa, una gigantesca mentira, urdida sólo para cometer una serie de crímenes justificados entre las gentes del contraespionaje; algo que daba verdadero asco.

La miró a los ojos.

Daliah le sonreía.

Entonces la soltó para tomar su vaso y apuró el resto del licor de un solo trago, dándose cuenta de que ella aún no había probado el suyo.

Se puso en pie.

Daliah le imitó, y ambos quedaron frente a frente, mirándose a los ojos, estudiándose mutuamente.

—¿Te marchas?

—Sí. Me pondré en contacto contigo tan pronto como haya llevado a cabo la segunda parte de este plan.

—No hará falta, Richard. Como ya te dije, iremos juntos. Son órdenes de Washington, en cuyo caso, puedes quedarte aquí, si lo deseas. ¿Comprendes?

No, no lo comprendía, ni mucho menos, pero no preguntó, tal vez porque la propia Daliah, al tomar la iniciativa cuando se le acercó más para enlazarle el cuello con los brazos, ni siquiera le dejó intentarlo.

Se acercó un poco más, ella no se movía, continuaba mirándole

fijamente, al lado del sofá, con una extraña sonrisa en los labios.

Ayala volvió a romper el silencio con dos nuevas preguntas:

—¿Quién es usted? ¿Cómo diablos he entrado aquí?

La sonrisa de la muchacha que tenía frente a él se amplió.

—Las cerraduras de los hoteles no sirven para nada, Ayala —respondió—. Porque usted es Ayala, ¿verdad?

Sin responder a su pregunta, él formuló otra:

—¿Y es ése un motivo? Me refiero a las cerraduras.

Parecía tranquilo, pero estaba más alerta que nunca, aunque ella no pareció adivinarlo.

—No, no lo es —respondió—, pero no tenía otro remedio que hacerlo, y le ruego me disculpe si invadí sus dominios, sin una invitación —hizo una pausa y añadió al cabo de unos segundos de silencio, que Ayala no interrumpió—. ¿Por qué no se sienta y hablamos un poco?

—¿De qué?

—Me enviaron para negociar con usted.

—¿Sí...? ¿Y quién lo hizo?

—Eso no importa.

—No, puede que no, pero me gustaría saberlo.

Avanzó unos pasos, sin dejar de mirarla y se dejó caer en uno de los sillones.

—Si desea algo de beber —agregó—, llame al bar por teléfono. No creo que aquí haya ninguna clase de licor.

Ella no respondió, se acercó al otro sillón y se sentó, cabalgando una pierna sobre la otra con absoluto desenfado, en un impresionante espectáculo de largos y bien torneados muslos, cubiertos de malla negra.

—¿Y bien...?

—Alguien está interesado por cierto microfilme, Ayala.

—Eso ya lo sé. Ahora, lo que no logro averiguar, por mucho que me esfuerce en ello, es quién es usted.

—Pero ¿no se lo he dicho?

—No.

—¡Oh! Perdón este olvido involuntario. Me llamo Daliah Hunter.

Ayala la miró arqueando una ceja y ella le sonrió.

—¿Sorprendido? —preguntó tras unos segundos de silencio, y en

vista de que él continuaba mirándola sin decir nada.

—Sí, un poco. Y ahora que está segura de eso, vamos a lo que interesa, *mademoiselle* Hunter.

—Ese microfilme.

—¿Qué desea?

—Bueno, le ofrecen por mediación mía, diez de los grandes en billetes pequeños, de fácil manejo. Diez mil dólares, en París, son muchos dólares, Ayala.

—¿Está intentando sobornarme?

—Cierto que sí, querido. ¿Qué responde?

Ayala la miró dubitativo.

—¿Qué quiere que le diga —preguntó— si no sé de qué me está hablando, muchacha? ¿Qué microfilme es ése? Oiga, no estará jugando a los espías, ¿verdad?

El rostro de Daliah se nubló.

—Escuche, Ayala, usted, como uno de los jefes de la CIA en París, sabe a lo que me refiero, ¿no?

Un microfilme que desapareció de cierta casa a los pocos minutos de que fuera asesinado el hombre que lo llevaba. Mi país desea esa película, y nadie mejor que usted para entregárnosla.

—¿Sí...? —y de un modo repentino, decidió quitarse la máscara—. ¿Y si le dijera que ya no se encuentra en París, sino viajando hacia Estados Unidos?

Daliah se retrepó contra el respaldo del sillón y sus redondos pechos se marcaron fuertemente bajo la tela de la blusa, pero el cubano ni siquiera lo advirtió.

—Creo, Ayala, que en ese punto se equivoca usted.

—¿Sí...? ¿Por qué?

—Por la sencilla razón de que conozco al americano que vino por la película. Estuvo a punto de que le liquidaran, pero se salvó de milagro y no se lo llevó porque antes lo tomó una persona. Otra persona, si me entiende, y como le dije, nosotros lo deseamos también.

—¿Cómo está tan segura?

Daliah le miró un tanto perpleja y contestó:

—¿Segura...? ¿De qué debo tener seguridad?

—De que él no se lo llevó.

—¡Oh! Estuve charlando con Genter durante unos minutos en mi

finca de la calle de Víctor Hugo, Ayala.

—Y fue Genter quien le dijo que no lo tenía en su poder.

—¡Cierto que no, *mon chérie*! ¡Nada de eso, pero la pequeña Daliah tiene medios para averiguar las cosas!

Ayala no contestó.

Pensando velozmente, ya que allí, en la actuación de ella para con él, había algo que no entendía, introdujo la mano en el bolsillo de la americana y extrajo un paquete de cigarrillos, le ofreció uno que rechazó, por lo que encendió otro y, amparado por la espesa nube de humo azul la miró de pies a cabeza.

Era sencillamente fascinante.

—Usted no es Daliah Hunter —dijo.

Y ella le sonrió:

—Claro que no, querido, pero lo mismo da un nombre que otro, ¿verdad? Es algo que en realidad tampoco importa, Daliah, Olga, Dinorah, Sandra; son nombre de mujer más o menos bonitos, pero que a nada conducen. A ninguno nos piden el acto de nacimiento, y si esto ocurre alguna vez, es tan falsa como en realidad lo somos nosotros mismos. ¿No es así, Ayala?

El cubano no respondió.

Y siguió un largo silencio que ella rompió:

—¿Algo más?

—Sí. El porqué de ese nombre.

Le sonrió una vez más y se puso en pie.

Ayala la imitó y los dos quedaron frente a frente, casi rozándose.

—Por dos motivos, ¿entiende? El primero porque no me gusta esa mujer. Y me refiero a la otra Daliah.

Espero que un día me salga al paso cansada de que yo usurpe su personalidad.

—¿Y el segundo...?

—Ése es más sencillo. Una Daliah tenía que esperar a Richard Genter, y ésa podía ser yo.

Ayala pensó en Moira, pero no la mencionó.

—Sí, cierto —fue lo que dijo—. ¿Algo más?

—No —respondió ella con perfecta calma—. Ni siquiera voy a darle mi nombre aunque sí le repetiré lo de ese microfilme, Ayala. Diez de los grandes en billetes pequeños.

No se movió, pero elevó la mano derecha y señaló hacia atrás

sobre su hombro izquierdo.

—Si no le molesta, *miss* No Sé Cuántos, le ruego que Salga y me deje dormir.

Ella abrió mucho los ojos.

—Pero ¿por qué he de irme?

Ayala la miró fijamente.

—¿Piensa quedarse conmigo? —preguntó a su vez.

—¿Y por qué no?

—¿A cambio de lo que desea?

—¿Es que le parece poco yo misma y esos diez de los grandes?

Ayala cortó el duelo de preguntas cuando respondió:

—Ni aun así conseguiría nada, pues, como le dije anteriormente, no sé de qué me está hablando.

—¿Ni aun así, querido? —preguntó, dando el paso que le faltaba y enlazándole el cuello con los brazos.

Ayala luchó consigo mismo durante varios segundos y luego la abarcó por la cintura y empezó a corresponder a la caricia; justo en aquel preciso instante, ella se soltó de sus brazos y le empujó con violencia hacia atrás.

Dio un par de traspiés, media vuelta sobre sí mismo y entonces le vio frente a él, junto al marco de la puerta, empuñando una «Germán Luger» de feo aspecto y de gran calibre.

Con una asombrosa rapidez de reflejos, Ayala se desplazó a un lado llevando la mano al bolsillo trasero del pantalón, donde reposaba el «Colt» Cobra calibre 22, mientras que con las manos sobre los senos, la llamada Daliah se apartaba de la línea de tiro, llevando una extraña mueca en sus rojos e incitantes labios.

A continuación todo ocurrió en contados segundos.

Un par de escalones por encima de ella, St. Cyr caminaba confiado en lo que cabía. Dos escalones y el rellano.

De un modo repentino, Moira lanzó un ligero grito, dejó caer el bolso al suelo y se inclinó hacia el escalón, vacilando.

Ahora uno más arriba, St. Cyr se detuvo en seco, un tanto sorprendido.

—Pero que...

Eso fue todo, por el momento, ya que Moira se volvió en redondo, alargó las manos, le sujetó por uno de los tobillos, tiró

torciéndolo brutalmente y antes de que pudiera darse cuenta, el francés se vio despedido contra el barandal de la escalera, rebotó, cayó hacia atrás, en el rellano, y luego pegó contra la pared.

Con una maldición en los labios se puso en pie justo cuando Moira se sujetaba a aquel mismo barandal, levantaba las piernas, y ni siquiera tuvo tiempo de apartarse antes de que los zapatos de alto tacón se le clavaran en el pecho.

Por segunda vez en poco tiempo se estrelló contra la pared, ahora boqueando angustiado, y ella corrió escaleras abajo mientras él luchaba por extraer la automática de la funda de la axila, y por recobrarse.

Cuando lo consiguió, Moira se encontraba un par de pisos más abajo, sin disminuir su carrera hacia la libertad.

St. Cyr se puso en pie.

Lentamente empezó a descender con una vaga sonrisa en los labios.

Ya en la planta baja, con los senos moviéndose fuertemente bajo la tela de la blusa, Moira se pegó a la pared tratando de recobrar la respiración que le faltaba y con el oído atento a la escalera.

Pensando en su bolso abandonado sobre uno de los escalones, como un seguro de vida que había perdido por un error de cálculo.

No debió precipitarse de aquel modo o si lo hizo, jamás dejar su bolso atrás.

Ahora ya no había remedio, por lo que no merecía la pena pensar en ello.

Sólo en una cosa, en dejarse atrapar de nuevo.

Era... la muerte, o tal vez no, pero tenía que hacerlo.

¿Esperar a que St. Cyr terminara de bajar la escalera?

Desde luego era lo mejor, pero antes de que lograra ponerle las manos encima, iba a hacerle sudar un poco. Tenía que darle verosimilitud a su fuga o de lo contrario todo aquel tinglado se vendría abajo.

Lentamente avanzó hacia la puerta que daba acceso a la calle y cruzó el umbral.

Miró alrededor.

Nada sospechoso, por lo menos que ella viera.

Avanzó unos pasos, despacio, sabiendo que St. Cyr no tardaría en hacer acto de presencia, y entonces ocurrió algo con lo que no

contaba.

—Será mejor que venga con nosotros, *mademoiselle*.

Se detuvo en seco y les miró.

Dos; uno a su derecha y el otro a la izquierda, con las manos metidas en los bolsillos de las americanas, exactamente que si se trataran de una pareja de *gangsters* de Chicago o Nueva York.

Miró hacia atrás.

Desde la puerta que acababa de abandonar, Pierre St. Cyr se acercaba a ellos con una suave sonrisa vagando entre sus delgados e incoloros labios.

—Vas a pagarme esto aunque sea lo último que haga en mi vida —dijo tan pronto como se encontró a su lado—. Vamos, y despacio. El matarte ahora, para mí sería un placer.

Moira no respondió, ni tampoco protestó cuando el tipo que llevaba a su derecha la prendió por un brazo y tiró de ella.

—Por aquí, *mademoiselle* —dijo—. Hacia aquel coche...

Continuó callada oyendo a su espalda los pasos de St. Cyr y se dijo que a partir de aquel momento sólo un milagro podía salvarla.

Entró en el coche por delante de los tres y lo mismo que en la calle, ella quedó en el centro del asiento, pero ahora llevando al propio St. Cyr a su izquierda mientras que el otro se situaba frente al volante.

El coche arrancó suavemente.

A su espalda, unas yardas más allá, un «Buick» de importación se despegaba del bordillo de la acera.

Al parecer, empezaba la caza.

Delante, en el interior del que la llevaba, Moira rompió el silencio con una pregunta:

—¿Adónde vamos, Pierre?

El francés hizo una mueca.

—A un lugar del que no se vuelve, *ma chérie*. Al cementerio que hay al final de la calle de Víctor Hugo. Pero antes de enterrarte en cualquiera de sus fosas, vamos a hablar los dos. Luego tendrás otra conversación; la última, ¿comprendes?

—¿Va a golpearme?

—Eso dependerá de ti, Moira. Si eres una buena muchacha, quizá llegas a olvidar lo ocurrido no hace mucho.

—¿Qué quiere?

—Que cooperes con nosotros.

—¿Y qué gano si lo hago?

—La libertad.

Moira esbozó una fría sonrisa.

—Eso es algo, Pierre, que no puedo creer. De todos modos me matarán.

El francés volvió el rostro hacia ella y la miró de frente.

—Hay muchas formas de morir, *mademoiselle*. Muchas, y cada uno puede escoger la que mejor prefiera. Me comprendes, ¿verdad?

Moira tardó varios segundos en contestar, y lo hizo con una pregunta:

—¿Qué es lo que desea saber?

—Todo.

—¿Y qué es ése todo?

St. Cyr la miró pensativamente.

—Podemos empezar por el americano.

—¿Qué americano?

—El que llevaste hace unas horas a...

—Se llama Richard Genter, Pierre —intervino ella.

—Eso ya lo sé, *ma chérie*. ¿Y qué más?

Moira abrió mucho los ojos.

—No comprendo —dijo.

—¿No...?

—De verdad que no.

Siguió un pequeño silencio.

A su lado, el hombre que llevaba a su izquierda callaba igual que el que conducía el coche, dando la impresión de que todo aquello no les importaba, que no iba con ellos.

Lo rompió St. Cyr.

—¿Quién es?

—Bueno, eso sí lo sé porque él mismo me lo dijo. Agente especial del FBI.

—Es el encargado de llevar ese microfilme a Estados Unidos, ¿verdad?

—¿Un microfilme? ¿Qué microfilme?

—Creo, *ma petite* —respondió el francés—, que no nos vamos a entender. Por lo menos no por las buenas.

Moira dio la callada por respuesta y desvió los ojos de St. Cyr

para clavarlos con insistencia en el duro perfil del otro hombre que había a su lado.

Detrás de ellos, el «Buick» continuaba sin perderles de vista, pero dejando un par de coches, cuando no tres, entre ellos y él.

—¿No respondes, Moira?

Ladeó la bella y altiva cabeza para mirarle.

—¿Qué quiere que le diga? —preguntó a su vez—. Ese federal no me dijo a que había venido a París ni yo le pregunté. Me limité a recogerle, me dio una dirección y le llevé hasta allí. Ahí terminó mi trabajo, *mon amour*.

St. Cyr tardó bastante en responder.

No le agradaba la terquedad de la americana, tampoco le gustaba lo que tenía que hacer con ella, pero le dieron una orden y tenía que cumplirla bien a su pesar.

—De acuerdo, Moira —replicó tras el largo silencio en que su mente trabajó velozmente—, no voy a insistir, ¿comprendes? No ahora, pero más tarde tendré que hacerlo, y lo voy a sentir.

—Y cometerá un error, ya que le he dicho la verdad.

St. Cyr no respondió.

Apartó sus ojos de ella y a partir de aquel momento se dedicó a mirar por la ventanilla.

Eran las cinco de la madrugada cuando alcanzaron la casa donde una mujer que decía llamarse Daliah Hunter, agente de la CIA, drogara a Genter con una copa de licor con objeto de registrarle para buscar algo que el federal no tenía.

—Vamos, baja.

Había abierto la portezuela cuando pronunció aquellas palabras y Moira, tras lanzar una fugaz mirada a los otros dos descendió del coche, se detuvo en la acera, miró alrededor, pero no hizo aprecio al «Buick» que se mantenía estacionado a veinte yardas de distancia con todas las luces apagadas.

—¿Y ahora...?

St. Cyr dio un paso hacia ella, la tomó del brazo, por encima del codo, y tiró hacia la enrejada puerta la mansión.

Abrió sin soltarla y unos segundos antes de cruzar el umbral se volvió hacia sus dos silenciosos secuaces.

—Entrad conmigo y mantened la vigilancia alrededor de la casa. No quiero interferencias de ninguna clase.

Ninguno de los dos le respondió, por lo que los cuatro avanzaron hacia el porche donde St. Cyr, ya frente a la puerta que daba acceso a la vivienda, la soltó del brazo y abrió, luego se apartó a un lado y mirándola sonrió.

—Tú primero —dijo.

Sin responder, Moira dio media vuelta, le volvió la espalda y cruzó el umbral llevándole detrás.

Las esbeltas piernas le temblaban cuando se detuvo en el *hall*, oyendo claramente como St. Cyr cerraba a su espalda.

A continuación le oyó decir:

—Vamos, *mademoiselle*, subiremos al piso alto. Y no te acerques, por favor.

Se volvió a mirarle.

Frente a ella, el francés la estaba apuntando con una automática de mediano calibre.

—¿Va a disparar? —preguntó.

—No, aún no, pero lo haré —hizo una pausa y añadió—: Y aunque no me creas, Moira, lo voy a sentir. Por allí.

Señaló la escalera del fondo y dando la espalda una vez más, sin replicar, Moira empezó a andar.

Oía detrás de ella los pasos de St. Cyr, siempre manteniendo la misma distancia y se dijo que el francés no se dejaría sorprender por segunda vez.

No, desde luego, no acortaría la distancia.

No me acercaría a ella.

Empezó a subir.

El pasillo; puertas a derecha e izquierda.

—Entra ahí, Moira.

La misma suavidad del felino.

La empujó y cruzó el umbral.

Un despacho.

Una biblioteca, una gran mesa, cuatro sillones y una espesa alfombra en el suelo.

—Vuélvete, Moira —dijo.

Y ella lo hizo lentamente.

—¿Y bien...?

—Voy a decirte algo, *ma petite* —dijo empleando la misma suavidad anterior—: Puedes gritar cuánto gustes que aquí nadie te

oirá, ¿comprendes? Por tanto, si no deseas hacerlo, responde.

—¿Y qué es lo que debo responder?

St. Cyr se acercó un poco, sólo lo justo, y el cañón de la automática quedó fijo en el centro del pecho izquierdo de la muchacha.

—¿Qué es lo que han averiguado los de la CIA?

—¿Respecto a qué?

—A ese microfilme.

—No lo sé y le estoy diciendo...

Todo fue tan rápido como un relámpago, por lo que Moira no tuvo tiempo de evitarlo.

St. Cyr dio otro paso más, el imprescindible y, sin previo aviso levantó el cañón del arma y Moira recibió el golpe junto al mentón, lanzó un alarido, se llevó las manos a la cara, dio un par de vueltas sobre sí misma, las rodillas se le doblaron, pero antes de que cayera al suelo el francés la golpeó con la rodilla en el bajo vientre y la alfombra acudió rápidamente a su encuentro amortiguando un tanto la rudeza de su caída.

Se descompuso.

Cuando se serenó un tanto, con los ojos nublados por las lágrimas y el mentón chorreando sangre, Moira levantó la cabeza y le vio allí, con el arma en la mano, apuntándole a la cabeza.

—Vamos, *ma petite*, responde.

—No... no lo sé...

Ni siquiera pudo darse cuenta de que su voz no era la misma, que le costaba trabajo hablar, porque de nuevo St. Cyr cayó sobre ella llevándola de un lado para otro a bofetadas y patadas, hasta que con un gemido se desmayó.

Fuera, en la calle, Pool Foster se mordía los puños de impaciencia.

Órdenes de no intervenir por el momento, pasara lo que pasase.

Órdenes de no moverse del lugar que ocupaba hasta que no ocurriese lo que necesariamente tenía que ocurrir y Moira dentro de aquella mansión, quizá muriendo...

CAPÍTULO VI

«Puedes usar el transmisor si no me crees», le había dicho.

No lo hizo.

Tampoco la despertó.

Daliah todavía dormía cuando, lo mismo que un ladrón abandonó el dormitorio, cruzó todo el apartamento y salió al pasillo cerrando a su espalda.

Caminó hacia el ascensor, hacia la planta baja, y de allí a la calle.

En la acera encendió un cigarrillo.

Luego empezó a andar.

Dos manzanas más allá, sin que dejara de pensar en Daliah, Genter vio la cabina telefónica.

Se volvió en redondo, con el cigarrillo colgado de la comisura de la boca y lanzó una rápida y penetrante mirada a su alrededor.

Hecho esto, decidido ya, entró, tomó el auricular y empezó a marcar.

—Embajada de...

—Me llamo Richard Genter y deseo hablar con míster...

Hubo unos segundos de silencio que no rompió, y en el acto recibió la respuesta.

—Se le dijo que bajo ningún...

—Hay uno —cortó secamente—, uno solo, y es que no voy a continuar con este juego. Pueden comunicarlo a Washington si lo desean.

Esperó.

Sabía que no podía hacer otra cosa y lo hizo.

Fue muy poco, tres o cuatro segundos que para él transcurrieron en un soplo.

—¿Center...?

—¿Sí...?

—¿Cuánto tardará en venir?

Genter consultó su reloj.

—Cerca de una hora o tal vez un poco más.

—Correcto, tome un taxi. ¡Ah! Entre por la parte posterior.

—¿Algo más?

—Nada más, como no sea decirle que desde luego, verá al embajador.

Genter no respondió.

Lentamente depositó el auricular sobre su soporte, abandonó la cabina y por segunda vez en pocos minutos, miró a su alrededor sin ver nada sospechoso.

Un tanto satisfecho empezó a andar junto al bordillo, con los ojos fijos en los coches con la vaga esperanza de encontrar un taxi vacío, alejándose más y más de Daliah y aquella noche que habían pasado juntos.

Lo encontró veinte minutos más tarde cuando ya pensaba en utilizar el Metro.

Subió y dio la dirección.

—A la Embajada de Estados Unidos —dijo.

Si el taxista se sorprendió por lo desusado de la petición, Genter ni siquiera se dio cuenta del hecho.

Se recostó contra el respaldo del asiento, cerró los ojos y se puso a pensar.

«Círculo Rojo, llamando a...» «Círculo Rojo, llamando a...»

Era aquello.

Desde luego lo era y ahora, examinando los hechos con absoluta frialdad, no tenía ni la más ligera duda, lo que le gustaba aún mucho menos que todo lo demás.

—Embajada de Estados Unidos, *monsieur*.

Genter abonó la carrera, abandonó el taxi y tras mirar en torno pasó por delante de la puerta principal, hacia la esquina inmediata que dobló no sin antes mirar varias veces hacia atrás, pero tampoco pudo darse cuenta de si era seguido o no.

Continuó caminando.

La puerta trasera.

Genter alargó la mano hacia el blanco botón del zumbador, pero no llegó a tocarlo ya que aquélla se abrió encuadrando en el umbral a la seca, enjuta y altiva figura de Don Calloway, secretario

particular del embajador.

—Genter, ¿verdad?

—Sí, así es —respondió el hombre del FBI.

—Pase, por favor.

Genter cruzó el umbral y el otro cerró a su espalda.

—Venga por aquí.

Familiarmente le tomó de un brazo y le llevó al interior de una vasta pieza lujosamente amueblada.

La discusión entre Genter y el embajador duró casi hora y cuarto y al terminar, puestos de acuerdo, fue el segundo el que hizo un gesto con la mano.

—Espere un momento,

«G-Men»

—dijo. Le sonrió y añadió—: Tengo una sorpresa para usted.

Genter no se movió, tampoco volvió el rostro hacia atrás cuando oyó como se abría la puerta que había a su espalda ni cuando le oyó decir:

—*Miss Hunter* ha tenido a bien venir a buscarle, Genter.

El federal clavó los grises y fríos ojos en el rostro impenetrable del embajador.

—¿Hacía falta eso? —preguntó.

Fue Daliah la que dio la respuesta, formulando una pregunta:

—Hacía falta, ¿el qué, Richard?

Sin desviar los ojos del embajador, Genter contestó:

—Al parecer, nuestro embajador no se fía de mí.

Siguió un silencio que el propio embajador cortó:

—No es eso y usted lo sabe, Genter, Es... que *miss Hunter* y usted llevan juntos la parte final de esto, ¿comprende?

—Sólo eso, ¿o sirve también para que me vigile hasta que terminemos si es que lo hacemos alguna vez?

La mano de ella se apoyó sobre su hombro.

Tampoco se volvió a mirarla.

—Nadie sospecha de ti como traidor, Richard —dijo—. Quizá te pasó por la mente la idea de dejarnos solos, pero nada más. Algo que se puede olvidar y más si se tiene en cuenta, bien mirado, que tienes toda la razón.

—¿Sí...? —continuaba sin mirarle, por lo que añadió, pero ahora dirigiéndose al embajador—: ¿Puedo creerla?

El aludido se puso en pie.

Era toda una despedida, por lo que Genter le imitó, y ambos quedaron frente a frente, mirándose a los ojos.

—Suerte, Genter, y le felicito. Daliah es una gran mujer. Cuando se la lleve a Estados Unidos, cuídela bien, o por el diablo que haré que le expulsen del FBI.

Y le tendió la mano.

Genter vaciló unos segundos y finalmente se la estrechó en silencio.

Al terminar, volviéndose hacia la puerta, sólo dijo:

—Gracias.

Salió llevando a la muchacha colgada de su brazo.

La calle, lo mismo que a la entrada, la posterior.

Genter volvió los ojos a ella y la enfrentó:

—¿Qué fue lo que quiso decir, Daliah? —preguntó.

Ella no desvió los ojos de los suyos cuando replicó:

—Me avisó por teléfono diciéndome que le habías llamado tú para sostener una entrevista con él y me pidió que me presentara en la Embajada lo antes posible.

—¿Sí...? ¿Y qué más?

—Bueno, le dije que habíamos pasado la noche juntos y que desde ahora en adelante... quizá fuéramos siempre el uno al lado del otro, ¿comprendes?

—¿Hacía falta eso, Daliah?

—Sí, creo que sí. Me dio a entender que sospechaba un tanto de ti.

—¿Y eso las disipó?

—Si no del todo, sí en parte, Richard. Ten en cuenta que me abandonaste sin decirme que ibas a hacerlo y que... que... te insolentaste con ellos. Llevés o no llevés razón nos pagan para obedecer y para... perder la vida si es necesario.

—Sí, así es —la miró pensativamente y preguntó—: ¿Dónde vamos ahora, pequeña?

Daliah le sonrió.

—Juntos —dijo.

Era una profecía, y a pesar de darse perfecta cuenta del significado de su sencilla palabra, Genter preguntó:

—Sí, eso ya lo sé, pero ¿dónde?

—A que me invites a comer por ahí y luego, si lo deseas, podemos regresar a mi apartamento donde permaneceremos hasta la hora de la cita.

La última.

Sí, quizá fueran juntos para siempre... hacia la eternidad.

Genter lo pensó así, pero no se lo dijo; se limitó a prenderla por el talle y de este modo la condujo hacia el coche que Daliah había traído consigo.

Subieron, ella frente al volante, y una vez más admiró la perfecta simetría de sus largos muslos desnudos y la belleza inigualable del resto de las piernas.

—¿Te gustan?

—Sí.

Daliah puso el coche en marcha, embragó y rápidamente condujo hacia la avenida de los Campos Elíseos.

—Cualquiera de estos hoteles es bueno, Richard. No olvides que pagan los contribuyentes.

Genter se echó a reír.

—Llevas razón, pequeña —dijo—, por tanto, voy a encargarte una comida que recordarás toda tu vida a la salud del tío Sam, ¿no?

Cogidos del brazo, mirándose a los ojos, olvidados de todo excepto de ellos mismos, cruzaron el umbral de la puerta y del mismo modo Genter la condujo a una de las mesas.

Se sentaron.

—¿Y bien...?

Daliah le miró entre las entornadas pestañas.

—Bien, ¿qué? —preguntó a su vez.

—¿Quién paga el gasto? ¿Tú o yo?

No era eso lo que deseaba preguntar, pero Daliah no lo entendió así ya que respondió:

—Pero... pero... ¡Richard, amor!

Encargaron la comida, sin dejar de mirarse, quizá recordando o tal vez pensando en la suerte que aquella noche les depararía el destino.

Cierto que no se encontraban solos en París, pero no menos cierto que la fisura existía en alguna parte.

Ciertas actuaciones desde que llegara a París para cumplimentar una misión que desde un principio le parecía extraordinariamente

sencilla y que se había complicado de un modo espantoso.

La CIA y el FBI trabajando juntos en aquel caso como lo habían hecho en infinitas ocasiones, y su negativa de continuar adelante, tan pronto como las sospechas que asaltaron su mente se convirtieron en una realidad.

La visita al embajador, las sospechas de este respecto a él mismo y la vigilancia de la muchacha que sentada frente a él no le perdía de vista ni un solo segundo.

La noche en su apartamento y según como se dieran las cosas nada significaría para ninguno de los dos.

Nada.

A pesar de su entrega, a pesar de lo hablado en la embajada, ella le estaba vigilando.

No se sentía molesto por aquello, era una forma como otra cualquiera de trabajar. Es decir, era del único modo que trabajaba el servicio de contraespionaje de Estados Unidos.

No le gustaba luego, pero no tenía otra opción.

Había una, claro, que era sencillamente darle el esquinazo y hacer las cosas él sólo por su cuenta y riesgo, pero aquello todavía le gustaba menos.

—¿En qué piensas, Richard?

La repentina pregunta de Daliah cortó el hilo de sus pensamientos y Genter hizo una mueca indefinible con los labios.

—En nosotros, muchacha —dijo—. En todo esto.

Lo que era una verdad aunque ella no podía sospechar en qué sentido.

—¿Vas a llevarme cuando te vayas?

—¿Te dejarán los de la CIA?

—Espero que sí... cuando les presente la dimisión, si es que en realidad es eso lo que tú deseas, Richard.

Genter tardó varios segundos en contestar.

—Nuestra profesión, Daliah —dijo al cabo de unos segundos de silencio—, no es la más indicada para crear un hogar.

Ella le miró con los ojos muy abiertos.

—¿No...? —preguntó—. ¿Por qué?

—¿Y eres tú la que no lo sabes, querida?

Daliah le mostró sus perfectos dientes en una sonrisa.

—Sí. Quizá por la sencilla razón de que yo vea las cosas desde

distinto punto de vista.

—Explícate, ¿quieres?

—La vida no se vive nada más que una vez, Richard, por lo que hay que aprovechar todos y cada uno de sus seguros. Ése es mi modo de pensar —le miró fijamente a los ojos y continuó—: Si me pides que te siga, lo haré. Si más tarde o más temprano nos ocurre algo irreparable... me resignaré si eres tú el primero. Si me toca a mí... es lo único que te pido que hagas. Creo que con eso es suficiente, Richard.

¿Lo era?

Sin dejar de mirarla fijamente, Genter se formuló la pregunta y por primera vez en mucho tiempo se encontró, asombrado consigo mismo, con que no tenía argumento alguno para rebatirla.

—Sí —dijo lentamente—, tal vez tengas razón.

Daliah le sonrió.

—Sé que la tengo, Richard —afirmó—. En ese sentido, toda, absolutamente toda la razón es mía.

Genter no respondió por lo que empezaron a comer en silencio.

Al terminar, Daliah fue la que preguntó:

—Aún nos quedan unas cuantas horas, Richard... que son de los dos. ¿Dónde piensas llevarme?

Genter se puso en pie y ella le imitó.

—¿A tu casa? —preguntó.

La sonrisa de Daliah se amplió.

—Bueno —dijo—, si es eso lo que desees.

Fueron, utilizando el coche que ella había traída hasta allí.

Anocheecía cuando abandonaron el domicilio, los dos muy juntos, pero mirándose como dos extraños, y una vez más en pocas horas, Daliah se colocó frente al volante y sin pronunciar una palabra, llevando a Genter a su lado, empezó a conducir hacia el punto final de su destino.

Hacia el principio o hacia el fin.

Un taponazo.

Algo así como el que produce una botella de champaña al ser destapada Ayala notó el hálito de la muerte junto a su mejilla derecha y, una vez más saltó de costado, ahora con la calibre 22 en la mano.

Apretó el gatillo, pero erró, y acto seguido ya no tuvo tiempo

para nada más.

Ahora fueron dos los taponazos que surgieron del interior de la automática que tenía frente a él, y con una mueca dolorosa en su semblante, el cubano dio un par de vueltas sobre sí mismo y arañó la pared; por cuarta vez, Von Scheell apretó el gatillo del arma que empuñaba.

Ayala rodó por el suelo, se estremeció por espacio de varios segundos y finalmente quedó quieto ante los ojos de aquella otra Daliah.

Espantosamente quieto.

Los desvió hacia el alemán.

—¿Y ahora...?

Von Scheell la interrumpió:

—Ahora, Katia, nos vamos de aquí. Utilizaremos la escalera de emergencia.

—¿Y...?

—Eso es cosa suya. Yo sólo me limito a acompañarla donde me lleve, ¿comprende? Por ahora, este juego lo dirige usted.

Katia Polansky, natural de Polonia, le dedicó una fría sonrisa.

—De acuerdo, Von Scheell —dijo—. Gracias por su intervención. ¿Nos vamos?

El alemán asintió en silencio y los dos, sin lanzar una sola mirada al cadáver de Ayala, abandonaron el apartamento por la escalerilla de emergencia.

—¿Dónde me lleva?

El coche, conducido por la mano magistral de Katia rodaba desde hacía un par o tres de minutos cuando Von Scheell formuló la pregunta, y ella le sonrió a través del espejo retrovisor.

—Al cementerio —respondió.

—¡Cuernos! —estalló el alemán—. Y allí, ¿para qué?

La sonrisa de la polaca se amplió.

—Es un decir —replicó—. Vamos a la calle de Víctor Hugo, querido, junto el cementerio. Allí tengo una mansión. No es mía, pero la gente no lo sabe.

—Allí, ¿para qué? No me irá a proponer que la seduzca, ¿verdad?

—No, ni mucho menos. No me gusta usted hasta ese extremo, Von Scheell.

—¿Entonces...?

—Ya lo verá cuando lleguemos.

El alemán no respondió y el coche continuó deslizándose por el asfalto, a buena marcha en tanto que las claridades del nuevo día aparecían por el horizonte, pero al parecer ninguno de los dos se dio cuenta de aquello, sumidos cómo iban ahora en sus propios pensamientos.

Tres cuartos de hora más tarde, con un golpe de volante, Katia introdujo el coche en el asfaltado camino que iba de la avenida hasta la finca y lo detuvo casi en seco frente a los escalones de mármol del porche.

Desde los árboles, los dos hombres que vigilaban la entrada por orden de Pierre St. Cyr, no se movieron.

A poca distancia, el coche que conducía Pool Foster continuaba estacionado con todas las luces apagadas, pero ahora en su interior había un pequeño cambio; el agente del CIA tenía sobre el asiento delantero, a su lado, una pistola ametralladora.

No iba a intervenir.

Eran las órdenes recibidas.

No a menos que no fuera absolutamente necesario.

Junto al porche de la mansión, Katia abrió la portezuela del coche, descendió del mismo y se volvió justo cuando Von Scheell empezaba a hacerlo.

—Una bonita quinta, Katia —dijo—. Algo así...

—Olvidalo, querido, porque la abandonaremos dentro de unas horas.

—¿En pleno día?

—No ocurriría nada si fuera así, pero la verdad es que aún no lo sé.

—¿Qué quiere decir?

—Pierre está dentro con una muchacha americana. Espero que haya podido sacarle la información que deseo.

—¿Y si no ha sido así?

—Hablaré con ella, querido, y le aseguro...

No terminó, y a juicio de Von Scheell tampoco hacía falta.

Entregaron justo en el momento en que St. Cyr aparecía en el *hall*, viniendo de la escalera, por lo que los *tres* se enfrentaron en el centro del mismo.

Y del trío, la primera en romper el silencio, fue Katia.

—¿Y bien, Pierre...? —preguntó.

El francés le dedicó una sonrisa.

—La traje, como convinimos.

—¿Y...?

—Está arriba.

Katia le miró pensativamente, en tanto que, en silencio, Von Scheell les observaba alternativamente.

—¿Qué averiguó, Pierre?

—Nada. Es decir, muy poco. La sometí a tratamiento pero se desmayó. Es... demasiado blanda para Pierre.

—¿Y ahora...?

—Duerme. Pierre le dio un sedante. Convenía prepararla para cuando usted se presentara. Ahora, el único error que veo es que no sé cuánto durará su sueño. Usted no me dijo la hora en que se presentaría aquí... ni si lo haría esta misma madrugada.

—Eso no importa, Pierre. Vamos, acompáñeme al lugar en que se encuentra.

El francés hizo un gesto hacia la escalera, y los tres, en conjunto, empezaron a andar hacia allí.

El silencio era absoluto cuando iniciaron la subida a la planta superior.

CAPÍTULO VII

Despertó, mirando alrededor.

Fuera, en la calle, París empezaba a iluminarse, a llenarse de luces multicolores, de tubos de neón, del alumbrado público, de escaparates más o menos vistosos, y de cosas inconfesables.

Intentó incorporarse sobre el lecho donde había sido depositada, y gimió.

Irreconocible, con las ropas hechas jirones, mostrando trozos de carne prieta y joven, ahora llena de verdugones.

Morados bajo los ojos, en uno de los pómulos, y con sangre reseca en la boca y nariz.

Una risa, suave, sin estridencias, también sin alegría, y su voz:

—¿Cómo se encuentra, *mademoiselle*?

Moira intentó incorporarse por segunda vez y ahora sí logró sentarse sobre la cama, y entonces la vio, frente a ella, muy cerca, con el humeante y oloroso cigarrillo entre los dedos, y a la figura de Pierre St. Cyr junto a la puerta, acompañado del alemán Eric von Scheell.

—Con muy pocas ganas de moverme, y mucho menos de hablar, Katia Polansky —respondió.

La polaca arqueó una ceja.

—No diga que me conoce, *mademoiselle* —comentó.

—No, personalmente no, pero he oído hablar de usted.

—En ese caso...

—Puede hacer conmigo lo que quiera, que no hablaré: Ese de ahí... (por St. Cyr, claro), también lo intentó.

Sin responder, Katia se acercó a ella.

Rozaba el lecho con las perfectas y desnudas rodillas, cuando respondió:

—Creo, querida, que debe hacerlo. No tengo tanta paciencia como pueda tener Pierre. Responda, ¿qué hay respecto a ese

microfilme?

La voluntariosa barbilla de Moira se proyectó hacia adelante.

—Averígüelo usted, si puede, querida, porque yo no sé de qué me está hablando.

Katia se llevó el cigarrillo a los labios, y fumó en silencio por espacio de unos cuantos segundos.

Al terminar, preguntó:

—Por última vez, *mademoiselle*, ¿qué es lo que intenta hacer el CIA con ese microfilme?

—No lo sé, y le digo la verdad, aunque usted no me crea.

Katia no le respondió.

Se apartó del lecho, dio media vuelta para enfrentar a St. Cyr, y dijo:

—Continúe con ella, Pierre.

Pero tenga cuidado.

El francés lanzó una fugaz mirada al rostro inexpresivo del alemán, y avanzó unos pasos.

—Vamos, Moira, no sea terca y responda; ¿qué...?

—Le dije cuánto tenía que decirle, Pierre.

No pudo añadir más; de un modo súbito, el francés movió las manos, y las dos bofetadas estallaron en el interior de la habitación, con la fuerza de dos disparos.

La bella cabeza de Moira fue de un lado para otro, cayó hacia atrás, y St. Cyr se precipitó sobre ella y la prendió del pelo.

Brutalmente, mientras gemía, tiró de ella y la obligó a ponerse en pie.

—No... No haga eso. No lo...

La golpeó por segunda vez, y ahora rodó por el suelo, hecha un ovillo y, sin darle cuartel, Pierre volvió a levantarla por el mismo procedimiento para a continuación golpearla con el puño en la boca del estómago.

Cayó, gimiendo, boqueando, falta de respiración, y también se descompuso.

Frente a ella, el francés esperó y luego levantó el pie.

—¡Un momento, Pierre!

Se detuvo antes de dejarlo caer y, del mismo modo, lentamente, lo depositó en el suelo.

Katia se acercó y cuando se detuvo a menos de media yarda de

ella, Moira ya la estaba mirando, horrorosamente pálida y con los bellos ojos cuajados de lágrimas, silenciosas, se deslizaban por sus mejillas.

—¿Continuamos, *mademoiselle*?

Sacudió la cabeza, tragó saliva y lo mismo que un animal acorralado y completamente indefenso, miró alrededor.

—No... no me golpees más —susurró con angustia—; hablaré.

Katia ahogó un suspiro de satisfacción.

—Entonces, conteste, *ma petite*.

Moira tragó saliva, por segunda vez.

—¿Qué... es lo que quiere... sa... ber...?

—Ese microfilme. ¿Quién lo tiene?

—No lo sé... con seguridad, pero es muy posible que Genter lo tomara.

—De acuerdo. Si es así... ¿qué van a hacer?

—Devolverlo, Katia Polansky.

Ella arqueó una ceja.

Meditaba rápidamente.

—¿Devolverlo...? ¿Dónde?

—Al mismo lugar en que... del que lo tomaron.

Una nueva pausa y una pregunta más:

—¿Cuándo?

—Esta noche a las doce en punto.

—¿Quién lo llevará?

—Genter. Ahora ya no piensa llevarlo a Estados Unidos, sino dejarlo en el lugar de donde lo tomó.

—¿A las doce?

—Sí, a las doce.

—¿Está segura, *mademoiselle*?

Antes de responder, Moira lanzó una desmayada mirada a su alrededor.

—Sí —dijo—, estoy segura.

Katia tardó en contestar.

Hasta que tradujo parte de sus pensamientos en palabras, que empezaron con una pregunta:

—¿Quién irá con él? ¿Daliah Hunter?

—El... irá solo... Eso... es seguro.

Katia se acercó más, se inclinó sobre ella y preguntó:

—¿Está mintiendo?

—Si lo cree así... lárguese al infierno y termine de una vez conmigo, zorra.

Katia levantó la mano y la dejó caer.

Fue suficiente; con un gemido, Moira cayó hacia atrás y se quedó completamente inmóvil a sus pies.

La polaca se volvió en redondo, enfrentándoles, pero fue Von Scheell el que primero rompió el silencio:

—¿Y ahora qué? —preguntó.

Katia arqueó una ceja.

—No le entiendo a usted —afirmó fríamente.

—Me refiero a esa muchacha. ¿Quién de los tres se encarga de ella?

Katia sonrió, denegando con la cabeza.

—Nadie va a matarla, por el momento. Antes, vamos a ir donde nos dijo.

—¿Sí...? ¿Y quién se quedará vigilándola? ¿Pierre?

—Nos la llevaremos con nosotros, Von Scheell —respondió Katia, en tanto que el francés daba la callada por respuesta—. Luego, la haremos dormir en el Sena.

—¿Y...?

—Pierre le dará una dosis de morfina que la tendrá durmiendo un par o tres de horas. Lo suficiente para que nos deje en paz. —Se volvió a mirarla y añadió—: Ya me ha oído, Pierre; encárguese de Moira y... llámeme a las once en punto.

Pierre la miró, sorprendido.

—¿Dónde debo llamarla...?

—En mis habitaciones —bostezó delante de él, lo mismo que una pequeña y hermosa bestia, y añadió—: Estoy cansada y debo dormir, o esta noche... Bueno, nos espera lo más difícil, *mon amour*, ¿comprende?

—¿Quiere que la acompañe?

Katia se echó a reír.

—Otra vez será, Pierre; hoy por hoy, sólo deseo descansar. Hasta las once, ¿comprende?

El francés no respondió, esperó a que abandonara la habitación y se volvió, encarando a Von Scheell.

—¿Quiere ayudarme? —preguntó.

Sin responder, el alemán se le acercó.

En silencio, caminando por la acera, los dos muy juntos, pero sin tocarse, sin hablarse.

Doblaron la primera esquina, continuaron andando unas cuantas yardas más, una vez más doblaron la otra y se detuvieron muy cerca del lugar de su destino.

Se miraron a los ojos.

Y de los dos fue Genter el que primero rompió el silencio que se había enseñoreado de ellos.

—Voy a entrar solo, ¿comprendes?

—Sí, claro, eso es lo que esperaba que dijeras.

—¿Y...?

—Nada, pero si dentro de cinco minutos no he tenido noticias tuyas, subiré a buscarte.

Se le acercó, y sus enguantadas manos en negro se elevaron hasta su cuello y de allí pasaron a su nuca, mientras se aplastaba contra él.

Al segundo siguiente, Genter notó los ardientes labios de la muchacha sobre los suyos, y cerró los ojos en el momento en que la abarcó por la cintura para corresponder a una caricia que muy bien podía ser la última.

Al separarse, ninguno de los dos dijo nada.

Genter le lanzó una fugaz y extraña mirada, dio media vuelta y avanzó lentamente hacia la puerta que había más allá, y que, según el sentido con que andaba, quedaba a su derecha.

A su espalda, Daliah le vio detenerse frente a la misma, buscar en uno de sus bolsillos del pantalón, luego acercarse, y en tres segundos escasos franquearse la entrada.

Le vio desaparecer en el interior de la vivienda, y entonces se levantó la falda, y de los elásticos de las medias negras caladas extrajo una automática calibre 22, tiró hacia atrás de la corredera para introducir un proyectil en el cañón y con el dedo tenso sobre el gatillo se acercó para pegarse contra el marco, mirando la calle y a los escasos peatones que circulaban en ambas direcciones, sin fijarse en nada, como no fuera en sus propios asuntos.

Miró el reloj.

Un minuto.

Sesenta angustiosos segundos.

Genter alcanzó la escalera y, despreciando el ascensor, empezó a subir sin producir un solo rumor.

Zapatos quizá un tanto anticuados, pero los perfectos para aquella ocasión, para cualquier ocasión.

Suela de crepé, silenciosa.

Alcanzó el pasillo del piso que buscaba y, siempre moviéndose en el mismo silencio, la puerta que daba acceso al apartamento.

Entró, empleando el mismo procedimiento; la ganzúa.

Encendió las luces, mirando alrededor.

Todo se encontraba exactamente igual que como la primera vez que entrara allí, salvo en una cosa: faltaban los cadáveres.

Los cajones desfondados, los cuadros arrancados de las paredes...

Genter cerró a su espalda, la puerta que daba acceso al *living* con la mano metida en el bolsillo izquierdo de la americana, avanzó hacia una de las tres puertas que había situadas frente a él.

La del dormitorio.

No llegó de primer intento porque se detuvo en el centro para escuchar.

Nada.

El silencio en el interior del apartamento era absoluto.

Continuó andando.

Uno, dos, tres, cuatro pasos... y en aquel momento les vio.

Dos hombres y una mujer... a la que ya había visto en más de una ocasión.

—Hola, Daliah —saludó, llamándola por el nombre con que la había conocido—. Por lo visto, una vez más me gana por la mano.

Y ella, a pesar de la automática que empuñaba, conjuntamente con la de Pierre y Eric von Scheell, le sonrió.

—¿Me da ese microfilme?

Genter le devolvió la sonrisa.

—¿Cómo sabe eso, pequeña?

—¡Ah! Pongamos que me lo dijo una compatriota suya, «G-Men».

—¿Moirá...?

—Un chico listo.

—¿Qué fue de ella?

La sonrisa de Katia se amplió.

—Se encuentra muy cerca de aquí, y la vigilan dos de mis hombres. Usted ya lo verá, Genter, se lo prometo. Vamos, dímelo.

—¿Y si le dijera que no lo tengo?

—Perdería el tiempo. Por tanto, sea un buen chico y... suéltelo de una vez o ellos se encargarán de usted, y van a hacerle daño, créalo.

Genter le devolvió la sonrisa.

—Con una condición —dijo.

—No está en situación de imponer...

Desde luego no lo estaba, ni mucho menos, pero continuó dando de lado el resto de la frase de ella:

—Es sencilla. Sólo quiero saber a qué esa idea de hacerse pasar por una agente americana.

Estuve a punto de matarla yo mismo, ¿comprende? ¿Fue por eso?

—Le dije antes que era un tipo muy listo,

«G-Men»

—respondió ella—. Desde luego fue por eso... en parte. Contaba con que la liquidaría cuando le viera por segunda vez, después de lo ocurrido entre los dos en la casa del cementerio, pero, por lo visto, no fue así. Diga, Genter, ¿cómo sospechó que yo no era...?

—¿La verdadera Daliah Hunter...? Es... que cometió un error. «Círculo Rojo llamando a...».

«Círculo Rojo llamando a...». A nadie que no procediera del otro lado del muro o del telón de acero se le ocurriría emplear una consigna como ésa. A los de la CIA, no, desde luego, Rojo... Un bonito color para vosotros, aunque no para mí ni para los de esta parte. Cualquier clase de signo hubiera sido suficiente. Luego... supe todo lo demás.

—Daliah, ¿verdad?

—Sí, ella me lo dijo. Todo lo referente a este microfilme.

—¿Me lo da?

—¿Por qué no? A nosotros no nos sirve para nada, ya que ninguno de los datos que contiene es verdadero. Fue... una llamada misión de castigo contra los miembros de la CIA en París. Más que eso, contra Daliah Hunter, sólo que hasta ahora no pudieron terminar con ella... y para eso contaban con la intervención de un agente de su propio país. Por eso ideó esta farsa, Katia Polansky,

sólo que yo no era tan tonto como se puede presumir a simple vista, y modestia aparte. Les estorbaba la organización que ella encabeza, pero antes deseaban terminar con los miembros... con los otros agentes al mismo tiempo que con ella. Luego... y ése fue otro error de su parte, el entregarme al transmisor para que me comunicara con la embajada de mi país. Conozco a todos sus empleados, desde el más alto hasta el botones, así como sus voces, ¿entiende?

—No tenía otra salida, Genter.

—Lo sé. Repentinamente, tuvo miedo que sospechara algo, e ideó esa falsa comunicación, y por ahí vino todo. Ahora...

Lentamente, bajo la vigilancia de los tres, extrajo del bolsillo un pequeño y redondo paquetito, no más grande que una caja de cerillas, y lo lanzó a través del *living* hacia uno de los sillones.

—Su microfilme, Katia —dijo lentamente—. Como ve, el plan de desacreditar a Estados Unidos ha fallado una vez más.

—¿Quiere decir que, cuando vino a París, ya sabía qué era lo que contenía?

—No, ni en Washington tampoco. La versión oficial de que uno de los nuestros había sacado fotografías y datos de esa conferencia, se dio por verdadera, sólo que Daliah sí estaba enterada de la farsa... por una sola razón.

—¿Sí...? ¿Y qué razón es ésa?

Genter hizo una pausa, sin dejar de mirarles a los tres, sin dejar de pensar en Daliah, y en que los minutos empezaban a transcurrir rápidamente, con lo que ella intervendría, y aquella habitación se convertiría en un antro de Satanás, y respondió:

—Daliah entró en esta misma casa, horas antes de que lo hiciera yo. Se puede decir que lo hizo a los pocos minutos de que terminaran con Barris, que acababa de llegar del otro lado del muro. Una vez muerto, sospecho que fue usted, Katia, quien tomó un microfilme cualquiera y lo escondió por aquí... pero antes, meses antes, empezaron a hacer correr el bulo de que había infiltraciones de la CIA al otro lado del muro, que ampliaron diciendo también que uno de nuestros espías se había llevado secretos comunistas; un espía llamado Barris, y que lo estaban buscando. Esto llegó a oídos del propio Barris, que empezó a esconderse, no sin antes pedir ayuda, siguiéndoles el juego a ustedes sin saberlo, pero Daliah le seguía de cerca, pero llegó

demasiado tarde para impedir su muerte, pero sí pudo tomar el microfilme, que estudió a conciencia, y entonces decidió ponerse en contacto con nuestra Embajada, y me hicieron venir sin contarme la verdad. No lo hicieron ni en la Casa Blanca, ¿comprende? No deseaban ni la más ligera infiltración... por lo que, cuando yo llegué aquí, y volviendo a la conversación anterior, no pude encontrar esa película, por la sencilla razón de que ya no estaba. Esto les obligó a ustedes a intervenir rápidamente y de un modo completamente inesperado, pues no deseaban que se descubriera el fraude antes de tiempo. Antes de liquidar a Daliah Hunter, sin pensar que ella ya lo sabía todo.

El semblante de Katia Polansky estaba pálido cuando Genter terminó de hablar.

—Ahora, puesto que es así, ya que lo sabe todo, ¿dónde se encuentra la muchacha, Genter?

El federal sonrió, pero su sonrisa era fría.

—Tal vez durmiendo, querida —dijo—. Vine solo.

Sus palabras coincidían en un todo con las pronunciadas por Moira, por lo que no tuvo inconveniente alguno en creerle.

—Es una lástima, Genter —dijo.

—¿Sí...? ¿Por qué?

—Me hubiera gustado que ella le hiciera compañía en este momento. No obstante, llevará a su lado a una mujer. También es muy bella —se volvió a mirar a St. Cyr y al alemán—. Llévároslo —añadió—, y no quiero rastros. Luego nos daremos una vuelta por cierta casa de...

Genter saltó a un lado, llevando la mano a la funda de la axila, y hubo un par de taponazos mientras sacaba la automática y las balas le arañaban el cuero cabelludo, e iban a enterrarse en la pared que tenía a su espalda, levantando el estuco.

Se dejó caer de rodillas y oyó gritar a Katia, justo en el momento en que una automática, desprovista de silenciador, empezaba a entonar su canción de muerte.

Disparó a su vez.

Una, dos... y nada más.

Frente a él, impulsados por el plomo, vio caer a Katia con un agujero en medio de la frente, y a continuación a Von Scheell cuando ya St. Cyr se volvía, enfrentando a la que, desde la puerta

que daba acceso al *living*, posiblemente le había salvado la vida, y apretó el gatillo por cuarta vez en el preciso instante en que Daliah apretaba el de la suya, y las dos balas se enterraron juntas en el corazón de Von Scheell que, sin un solo gemido, se desplomó de bruces y ya no se movió.

Se miraron.

Cuestión de un segundo.

—Vámonos, Richard. Esto va a llenarse de policías dentro de unos segundos.

Genter no respondió, corrió hacia el sillón, tomó el falso microfilme y se lo guardó en el bolsillo, se acercó a ella, la prendió de un brazo, y salieron rápidamente del apartamento.

La calle trasera, ahora buscando la ancha avenida, pero no llegaron.

—¿Genter...?

Ambos se volvieron en redondo, y le vieron con una pistola ametralladora en la mano, pero cuyo cañón apuntaba al suelo.

—Vengan conmigo, tengo el coche a pocos metros de aquí —dijo—. Vamos, han armado demasiado ruido ahí arriba.

Fue Daliah la que tiró de Genter.

—Es Pool Foster, de la CIA —dijo—. Un buen amigo.

No se estrecharon las manos sino que, sin perder tiempo, le siguieron hacia el lugar que les indicaba.

—¿Y Moira?

Foster frunció el ceño.

—Muy mal, pero saldrá de ésta. Estaba deseando recibir esa orden... y... la cumplí. Dejé pasar a esos tres, y cuando la dejaron sola con los otros dos, les... les di el pasaporte. Venía en vuestra ayuda, cuando oí esos tiros —miró a Daliah y añadió—: Siempre te dije que usaras silenciador querida, o cualquier día vas a tener un disgusto serio con los de la Sûreté.

Daliah le sonrió.

—No creo que, en lo sucesivo, me haga falta, Pool —respondió.

—¿No...? ¿Por qué?

—El y yo vamos juntos... hasta el fin, ¿comprendes?

Yo... voy a presentar la dimisión tan pronto como lleguemos a Washington.

—Creo... que esto se merece una invitación por mi parte y una

felicitación para cuando... Moira se encuentre bien.

—La amas, ¿verdad?

Foster esbozó una sonrisa.

Y estaban llegando al coche, cuando respondió:

—Sí, y ella lo sabe.

Subieron, se acomodaron y, tras lanzar una mirada a Moira, que dormía sin enterarse de nada víctima de la droga que Pierre St. Cyr le administrara, lo pusieron en marcha y rápidamente empezaron a alejarse de allí.

Amanecía cuando tomaron la carretera que debía conducirles directamente al aeropuerto de Orly, dejando a Moira en la Embajada americana, donde sería atendida convenientemente.

Los demás, lo mismo que París, tan pronto como despegaran de su aeropuerto, quedaba atrás, muy atrás, cada vez más, mientras ellos seguirían adelante, juntos, hasta que una bala les separase de una vez para siempre, o hasta que una muerte natural, más piadosa, hiciera el mismo oficio.

No obstante, ninguno de los dos pensaba en aquello, ni quizá lo recordaran hasta días o meses más adelante.

Como siempre, una vez más, la vida triunfaba sobre la muerte.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

